



Trono imperial de Rusia.

25 de Marzo de 1852.

Tomo x. 7

LA RUSIA Y LOS RUSOS.

EL TRONO IMPERIAL DE RUSIA.

Nos proponemos publicar bajo este título varios estudios históricos descriptivos y morales acerca de la Rusia, sirviéndonos para ello de apuntes y noticias especiales de personas que han habitado mucho tiempo esta región, y que por consecuencia conocen sus costumbres, sus recuerdos y sus misterios.

Nunca ha fijado la Europa la atención sobre la Rusia como hoy, y sin embargo, la Rusia y los rusos no son todavía bastante conocidos por el mayor número de los europeos. Unos denigran á los rusos sistemáticamente, otros los exaltan por contradicción.

La política, madre de tantos errores, dicta estos juicios absurdos. El *Museo* proscribiendo la política, dirá las cosas y los hechos tales como son: recorrerá la Rusia con toda imparcialidad, viajando únicamente para gozar é instruirse.

Para dar comienzo, presentamos á la cabeza de este artículo un digno frontispicio, el trono imperial de Rusia, tal como se halla en una sala del Kremlin, en Moscou.

Todos los geógrafos, con raras excepciones, que han hablado del Kremlin han cometido errores de trascendencia. En primer lugar le han llamado Kremlin, no se sabe por qué razón; además le han convertido en un monumento, castillo ó palacio. El Kremlin de Moscou, como el de San Petersburgo, y el de otras ciudades rusas, no es mas que una inmensa ciudadela, una especie de barrio fortificado que encierra en su recinto lo que hay mas sagrado para los habitantes, iglesias, conventos, palacios, tesoros, arsenales, el santo sinodo, el senado, la residencia de los antiguos patriarcas, etc. Elevado sobre una colina, en el centro de la ciudad, dominando desde doscientos pies de elevación el curso del Moskova: el Kremlin forma un polígono rodeado de vistosos senderos, de los cuales el mas ancho es, desde 1822, un magnífico paseo llamado el *Jardín de Alejandro*.

Entremos en este núcleo de Moscou, el que visitaremos sucesivamente dando pormenores; observemos este conjunto de iglesias, de conventos y palacios, y penetremos en la *granovitaia palata* (palacio anguloso) Se llama así porque su exterior presenta una forma angular. Los moscovitas le consideran, hace doscientos años, como una maravilla del mundo. Hoy, para ellos mismos no es mas que una curiosidad, pero una curiosidad nacional, venerada como un paladion. Este palacio extraño está compuesto únicamente de una sala, sostenida en el centro por un enorme pilar.

Los recuerdos históricos mas variados se encuentran en este parage; pero vamos directamente al que nos ocupa, á este trono que se eleva en el ángulo de la derecha, y cuya magnificencia contrasta con la débil luz que derraman sus angostas ventanas; es la residencia de los emperadores de Rusia: ha reemplazado á la de los antiguos cza-

res. Sus ornamentos, enteramente modernos lo indican suficientemente, y nuestro grabado representa el fondo. Los diez escudos que forman un cuadro son las armas de los estados reunidos sucesivamente en el imperio, figurado en el centro por el águila de dos cabezas, y adornado con la corona imperial. Esta águila se reproduce en la parte superior encima del San Jorge ó de San Miguel que recuerda mas personalmente al emperador. La riqueza de las columnas, de los arabescos y de los embutidos habla por si sola bastante para que omitamos la descripción.

Sobre este trono, después de otras solemnidades, recibe el czar los homenajes del clero, de la corte y de los dignatarios del estado. Desde aquí parte para el gran festín, donde siguiendo la costumbre antigua, es servido por sus primeros oficiales y sus chambelanes.

Este trono es á la vez para los rusos el símbolo del poder temporal y del poder espiritual, pues su czar es al mismo tiempo su emperador y su papa, el jefe de sus cuerpos y de sus almas. Nadie ignora que tal es el origen del cisma griego.

Hacia éste trono, lo mismo que hacia un doble sol, se vuelven con respeto los ojos de los cuarenta millones de esclavos que esperan el día en que su emperador sea el dueño y el pontífice del mundo moderno, como los antiguos romanos, después de haber encontrado un cráneo en los cimientos del Capitolio, esperaban de siglo en siglo la dominación del mundo antiguo.

Esta creencia explica la adhesión absoluta de las poblaciones rusas, y citaremos de ella prodigiosos ejemplos. Pero no hay ninguno que mejor manifieste nuestro aserto que el del emperador Nicolás calmando la insurrección militar que hacia vacilar su trono apenas establecido, adelantándose solo y sin armas en San Petersburgo, hizo postrar de rodillas con una sola mirada á los soldados y á los siervos que se habian rebelado contra él.

He aquí otro ejemplo igualmente notable. Durante la guerra de los Siete Años, la peste diezaba y dispersaba el ejército prusiano y el ejército moscovita. Federico no encontraba otro medio para sostener el ánimo de sus soldados que mandar pasar por las armas á los que se escapaban. El general ruso Munnich halló un recurso mas decisivo: «En nombre del emperador, proclamaba, siendo el miedo la madre de la peste, se prohíbe á sus hijos tenerle bajo pena de ser enterrados vivos.» ¿Qué resultó? La fé de los esclavos en la palabra del czar les inspiró el desprecio hacia la calamidad y todos se manifestaron valerosos y subordinados.

Por eso los pueblos rusos no dan al czar el nombre de emperador, sino el de *padre*, que constituye mejor sus sentimientos de sumisión y confianza.

El trono imperial de Moscou se encuentra reproducido en San Petersburgo, y en todas las residencias reales.

Con mucha frecuencia los soldados tocan con sus sables estos tronos para que les transmita fuerza y valor, y las madres aproximan allí sus hijos para ponerlos bajo la protección del Altísimo.

M. DE F. F.

CRÓNICAS DE POBLET.

SAN BERNARDO DE ALCIRA.

Hacia últimos de setiembre del año 4156, uno de los días nebulosos de aquel otoño, poco antes de anochecer, una cabalgata morisca atravesaba el pequeño río Giurana por debajo la Peña de arena que lleva el mismo nombre. La comitiva musulmana ascendía á cosa de diez ginetes, dos de los cuales se distinguían de los demás, no solo porque formaban á la cabecera, sino también por su trage. El primero era anciano, de rostro enjuto y de corta estatura; el otro un jóven de gran talla, cuya cara ovalada y morena presentaba el tipo árabe del Yemen. El viejo vestía morado y verde; su caballo era negro: el mancebo llevaba pantalón encarnado, marlotas azul celeste y un sobre blanco; el corcel que montaba era un soberbio alazan.

En aquel entonces la atención de este último ismaelita estaba fija sobre las ruinas morunas que asomaban sus ángulos humeantes encima de la roca arenosa, restos de la dominación agarena, obstruidos y cubiertos por torres cuadradas en las cuales brillaba la cruz y ondeaba la bandera de Ramon Berenguer.

—¡Muley! dijo el jóven, esta es la invencible fortaleza que nuestros hermanos defendieron durante tantos años contra el poder de los nazarenos. Parece que la mano del que rige al destino va destruyendo una tras otra las mezquitas del profeta para dar lugar á los templos de Cristo.

—¡Es cierto! respondió el anciano suspirando. Los pueblos del Occidente no tienen el fuego de las creencias de la Arabia, y prefieren la cruz del martirio al alfanje de Damasco. Quizás la geografía particular y clima de cada comarca influye en sus *mythos*.

—Te equivocas, Muley. El Oriente nos da todos los días los rayos del sol, y también ha producido los grandes profetas: Moisés, Jesus y Mahoma. Empero el Oriente es en todas partes, y solo la verdad puede triunfar del error.

—¿Y cuando las lanzas cristianas son vencedoras, á quien atribuiremos la victoria?

—Hay en esta lucha algo más que la victoria. En las batallas sangrientas somos vencidos por un poder sobrenatural: el número y la táctica ceden casi siempre á los accidentes más extraordinarios; el valor árabe fluctúa, y el arrojo de los nazarenos se electriza ante la cruz, ante ese patíbulo tan sagrado para ellos. Un día es la tempestad súbita la que salva sus escuadrones ya derrotados; otro día un gran río cambia de cauce para abrirles paso. Otras veces brotan manantiales de un páramo seco; oyense á menudo voces misteriosas que desde las nubes les animan, y hasta ángeles visibles combaten en su favor. ¿Es que Mahoma quiere ser vencido, ó es el verdadero Dios el de los cristianos?

—Es verdad.

—He meditado muchas noches acerca de las tradiciones de esa secta, y confieso merecen respeto las creencias de los nazarenos. Hay una constancia en sus mártires que no se observa en las víctimas del famoso Viejo de la Montaña, aquellos mueren tranquilos mirando al cielo, estos pe-

recen en el delirio de la pasión: los unos todo es el alma los otros miserias carnales.

—¿Si hay una sola fé, en dónde está la verdad? La ley del profeta no admite rival.

—Profeta fué Mahoma, repuso con viveza el jóven, Dios únicamente es Dios.

—Mal creyente eres, Achmet, dijo riendo el anciano.

—He sido musulmán por herencia; mas duda mi razón.

El Corán y sus dogmas, mal se avienen con las inspiraciones de mi interior.

—Alá te ayude. Mas harás bien en ocultar tus sentimientos á los ojos suspicaces de Al-menón; de otro modo no te aseguro ni aun la vida.

—El rey de Valencia no puede tener oídos que escuchen palabras á tal distancia, y estas soledades permiten un desahogo á mi corazón.

—A lo menos aquí no tenemos mas testigos que á nuestros criados.

—Esos bereberes no comprenden el árabe, ni menos la cuestión de que hablamos. Por lo demás, Muley, has de entender que no he adoptado la embajada de Al-menón sino con el objeto de ver la corte de Barcelona y poder estudiar la ley del cristianismo que nuestros hermanos rechazan sin tratar de comprenderla.

—Aunque no soy capaz de penetrar como tú en los arcanos de las ciencias, no estoy lejos tampoco de renegar del islamismo. Si tú raciocinas, yo siento.

—¡Muley, es muy grave dejar la senda que han seguido nuestros abuelos, cuando sabemos fueron felices con sus costumbres y con sus tradiciones. Empero la ley de Mahoma no es la ley del verdadero Dios. La *tuba* del paraíso, los alcázares de oro y las vírgenes de ojos negros no satisfacen á mi conciencia. Las praderas del Yemen y los llanos del Hejaz pudieron dar guerreros ávidos de riquezas y placeres; el profeta lisonjeó sus pasiones para aunar la fé con los deseos. Los musulmanes se saciaron de deleites materiales y entregaron á las llamas los manuscritos de los Ptolomeos. Pues bien, las obras griegas salvadas del fuego por un sábio, han abierto mis ojos á la duda y busco ansioso la luz de la verdad. He oído ponderar á varios prisioneros cristianos sus Evangelios, y quiero leer los escritos de su apóstol Pablo, de Agustino, Gerónimo y otros predicadores, durante mi permanencia en aquella ciudad; y te aseguro Muley, que abrazaré la creencia de Jesus si su fé me ilumina.

—Alá te guíe en tu camino, yo, pobre ignorante, te sigo como al sol la luna; duda y dudaré, cree y creeré.

—Es imposible esa resurrección para un objeto tan lúbrico.... y ese misterio de la vida póstuma....

—¿No has amado, Achmet?

—¡Oh! sí, amo, Muley y mi corazón rebosa inmensa ternura; amo la luz como los pájaros, el aire como las flores, el mar como los peces y ese espacio azul como una esperanza sin límites. Amo al sol que me calienta, al ambiente que refresca el ardor del verano; amo las sombras de la noche, manto del sueño; amo al fruto de que me alimenta y á la fuente que aplaca mi sed. Ese amor, ¿de qué proviene? ¿á que ha de parar? Hay una causa para el efecto: mi amor es un efecto y necesito la causa. Por este motivo repugna á mi corazón el sangriento dogma de Mahoma, desde mi mas tierna infancia he tenido aversión á la espada y he re-

nunciado á la gloria que cuesta sangre. Al cabo los nazarenos son seres como nosotros y es muy sensible dar la muerte á quien no podemos dar vida.

—Tu padre Almanzor te envió á la corte del rey de Valencia; porque para nada le servías en su castillo de Pintarrafes.

—Me llaman cobarde, dijo riendo el jóven.

—Cómo despues te han apellidado el sábio?

—Es verdad, mas la sabiduría no consiste en una vasta erudicion, ni en la elocuencia de la palabra, ni en la elegancia de los escritos. El principio de la sabiduría es la fé en el dios de la verdad, y la sabiduría ha de tener un objeto. ¿Dónde está Dios? ¿Qué hay despues de la muerte? En cada ser hay un misterio y una página incomprensible es la naturaleza. ¿Cuál es el principio? ¿Cuál es el fin?

—*Alá* y el *Eden*, respondió el anciano.

—El dios del profeta Mahoma existe, mas no el profeta Mahoma de un Dios verdadero, replicó Achmet inspirado. Luego prosiguió.

—El gran Ser Creador no puede adorarse por medio del terror y del odio: el padre universal ha de ser todo amor. El que promete un paraiso no ha de abrir sus puertas al opresor de los débiles.

—Sin duda tu padre ignora tu modo de pensar acerca de tal asunto.

—A mi madre Zoraida he confesado varias veces que yo no era buen musulman.

—¿Y ella qué dijo?

—Contestaba con lágrimas. ¡Oh! ¡lágrimas de una madre! Si algun dia la luz de la verdad me ilumina el segundo rayo lo quisiera para ella.

—¡Una muger!

—Muley, no eres capaz de comprender los sublimes misterios que en sí encierra ese ser tan débil. Es el bello modelo de los ángeles; y si el profeta no creó para ellas un paraiso, tuvo necesidad de las houris para describir la felicidad celestial. ¿Dónde se caracteriza el verdadero amor? En una madre. Todavía me acuerdo de los besos de mi cuna y están impresas en mis labios las caricias de la que me trajo á la vida; caricias que recibí durante esa larga infancia que convierte en ángeles á las madres. Me es imposible creer que esas almas de amor tengan un puesto ínfimo en la gerarquía divina, y si diferencia puede haber entre los sexos, doy la superioridad á las mugeres cuando son madres; acaso el simbolo de la Virgen, que los cristianos dicen ser madre de Dios, es el mas santo de sus dogmas.

Mientras que los dos nobles musulmanes conversaban distraidos por la gravedad de sus pensamientos, la tarde iba adelantándose insensiblemente, y poco á poco las sombras de la noche fueron cubriendo la tierra. Los viajeros en aquel entonces se encontraban en el ángulo agudo que forma la *peña Morada* con el morro de la *Gritella* y era imposible dar un paso mas por aquellas sendas rodeadas de precipicios, mayormente entre tinieblas. Achmet dispuso que la comitiva acampase en una de aquellas cavernas de que abunda el pais, y el se sentó debajo de un hermoso pino cuyas frondosas ramas cubrian el nacimiento del rio *Al-pina*. Las aguas de la *Gritella* filtran á través de graves masas arenosas y dan origen á un sin número de manantiales de cristalinas corrientes. La soledad

del paisaje y el silencio de la noche se avenian perfectamente con el carácter meditabundo del jóven principe; y allí podian dar lugar á sus meditaciones el suave murmullo de las fuentes, la brisa moviendo suavemente las últimas hojas del año, y el lúgubre canto del buho. El sueño de sus compañeros le aislaba del mundo viviente como el espíritu de un cuerpo que acaba de morir.

Achmet pasó algunas horas abismado en profundas reflexiones y solo la llegada del alba pudo distraerle de sus ideas. En aquel pequeño valle sucede uno de los fenómenos propios del Ecuador, y es que apenas se perciben los crepúsculos, especialmente durante el otoño é invierno, cuya maravilla se debe á la geografía del pais cuyo ángulo oriental, sumamente agudo, forma una especie de agujero por el cual asoma un rayo del sol, bajo la elevacion de tres mil pies que tiene el pico de *Gallican*; por cuyo motivo es muy corta la aurora. El jóven musulman sorprendido por el albor del dia, dió una ojeada por sus alrededores.

Magnífico es, en efecto, el panorama que sin duda contemplaria estasiado el principe, y no cede en bellezas agrestes á los mas pintorescos de la Suiza. La naturaleza lleva consigo la magestad de la creacion, y allí mejor que en otras partes habla elocuentemente una página del libro de Moisés: el diluvio universal. Las dos grandes moles de piedra que circuyen aquel valle, *Monsant* y la *Gritella*, encierran dos épocas, y una traslacion gigantesca, siendo un documento vivo de las verdades de la Biblia.

El noble árabe despertó á su comitiva, y volvieron á continuar su viage dirigiéndose hácia una elevada meseta que forman las sierras de Prades. Mientras duró el silencio de los musulmanes costearon las rocas, que desprendidas de *Monsant* formaban ya en aquel tiempo la barbacana oriental de aquel monte.

A cosa del medio dia doblaron la última peña, y á lo lejos divisaron las torres de un castillo.

—Sin duda estamos cerca de Prades, dijo Muley.

—Todavía distamos bastante de aquella villa, respondió Achmet. Esas torres serán Al-barca.

—¿Tomaremos por la derecha, ó por la izquierda?

—La via atraviesa por Al-barca, Al-by y Al-becca... contestó el moro registrando un especie de mapa delineado en un lienzo.

—¿Y cuándo llegaremos á Barcelona?

—La corte de don Ramon Berenguer está ahora en Lérida, allí debemos dirigirnos y podremos rescatar á la hermana de mi padre.

—Haremos bien en buscar un abrigo para la noche, porque el trueno retumba en el fondo del valle, y á la niebla del rio suceden negros nubarrones.

—Mal podremos confiar en Al-barca, pues á no engañarme, solo es un monton de ruinas.

—Los nazarenos ocupan á Prades, y no pensarás en demandar hospitalidad al orgulloso castellano.

—Ladearemos esa llanura, y antes del anochecer llegaremos al gran bosque que se divisa al Norte. Probablemente no faltarán allí algunas cuevas.

—Si la tempestad nos da tiempo.

Entretanto la atmósfera, cargada de electricidad, desplegaba sus anchas sábanas entre ráfagas de luz y sordos mugidos. La elocuencia del poder de Dios, que Ezechias conoció en medio del temporal, se manifestaba á las mira-

das de los mahometanos como la cólera de un guerrero á sus mugeres. Desde los picos de *Monsant* hasta la *Gritella* fueron ondeando las nubes iluminadas por el relámpago y anunciadas por el trueno, repetido mil veces por los ecos de ambos montes.

Los viajeros aceleraron el paso de sus corceles, y cuando la tempestad arreció en su mayor fuerza, se encontraron al pie de una cordillera de peñascos blancos seguida paralelamente de un espeso bosque. Registraron los alrededores para buscarse un abrigo contra la lluvia y el frío; á poco de haberse separado, volvió el anciano con la grata nueva de que á veinte pasos encontrarían albergue para la noche en una estensa cueva. Dirigiéronse en aquella línea y llegaron á la boca de una gruta tan á tiempo, que solo un milagro podía salvarles del diluvio y el huracán. A duras penas encendieron teas y penetraron en el interior de la caverna. Otra sorpresa les esperaba allí. Ante una gran cruz de toscos maderos estaba arrodillado un hombre vestido de pieles, cuyos cabellos, enteramente canos, cubrían su espalda.

Achmet no permitió insultasen al viejo cristiano.

—Dejadle, dejadle en su contemplación, dijo enternecido por aquel espectáculo.

—¡Es un cadáver! exclamó Muley.

—¡Frio y casi petrificado! añadió Achmet.

—Quizás habrá alguna inscripción gótica ó céltica, y en este caso sabremos el nombre del difunto.

—*Jacobus penitens*, dijo leyendo el joven árabe, *anno Domini milésimo quincuagesimo*.

—¿En qué idioma está escrito?

—En romano, y dice: «Jaime penitente, año del Señor, mil cincuenta.»

—¡Cien años!

—Las pieles que le cubren son polvo, y la maleza que defendía la entrada de la cueva indica que aquella fecha fué grabada por el mismo ermitaño.

—Tendremos un buen centinela, dijo riendo Muley.

Colocaron como mejor pudieron los caballos, y los ginetes se recostaron en los rincones sobre la yerba seca. El mismo príncipe concilió el sueño, á pesar de los bramidos del viento y del estampido del trueno.

¿Fué efecto de ilusion magnética, ó una realidad maravillosa? El joven musulmán oyó que le llamaban por su nombre repetidas veces. Aquella voz misteriosa era de un metal que jamás había percibido el oído de Achmet. Sintió que una mano tocaba á su hombro derecho, y la voz le dijo: «levántate y sígueme.» Obligado por un impulso involuntario, abrió los ojos el joven, y vió una sombra blanca que le alargaba la mano; el mismo impulso le hizo estrecharla entre las suyas, y un frío glacial penetró en su corazón. Volvió á cerrar los ojos, empero la fantasma no abandonó su presa, y el príncipe, lleno de sudor frío, ni dormido ni despierto, fué arrastrado fuera de la cueva por aquella sombra sobrenatural. ¿Cuánto tiempo duró aquella fascinación? Achmet nunca lo supo. Lo que le aconteció fué que un sonido vibrante disipó su sueño, y al despertar oyó clara y distintamente una campana que lanzaba sus plañidos lentos y monótonos.

—Es un templo de nazarenos, pensó Achmet.

En efecto. Por entre la espesura de la selva se destacaba una línea blanca cuyos contornos apenas podía distin-

guir la vista de Achmet. La atmósfera continuaba sombría y lluviosa, empero la tempestad había pasado. El joven musulmán se encontró bajo un pórtico á medio construir, y aunque sus miradas se dirigieron á todos lados, nada pudo percibir en la oscuridad: la fantasma, si es que no era sueño ó ilusion, había desaparecido.

Entonces llegaron al oído del moro cantos graves y melancólicos cuya letra comprendió Achmet.

*Ecce enim veritatem dilexisti:
incerta et occulta sapientiæ tuæ
manifestasti mihi.*

Era una de las sentencias del profeta que los cristianos entonaban en medio de la noche, y que el mahometano conoció ser idioma de la antigua Roma. Aquellas palabras expresivas no eran del Corán, sino de otro libro que Achmet quería meditar por haberle alabado mucho esclavos que tenía su padre de entre los nazarenos.

*Ot cognoscamus in terra viam tuam
in omnibus gentibus salutare tuum*

—¿Dónde está la verdad y dónde la sabiduría? exclamó el joven. ¿Cuál es el camino?

*Ego autem constitutus sum
Ne ab eo super Sion montem
sanctum ejus:
predicans præceptum ejus.*

Los versículos de los salmos iban sucediéndose unos á otros, y el alma ardiente de Achmet se estasiaba en aquella poesía misteriosa. Concluidos los *maitines*, la soledad y el silencio volvieron la calma al corazón agitado del moro, y cuando el crepúsculo de la mañana estendió una débil claridad en la tierra, Achmet probó de buscar á sus compañeros.

Algunas horas mas tarde, despejado el cielo de nubes y brillando el astro de fuego casi en el zenit, la cabalgata morisca se presentó en la llanura de Poblet, en cuyo punto había fundado un monasterio la munificencia de los condes de Barcelona, fué no poca la sorpresa de los monges al ver ocho ó diez moros que se dirigían hacia el convento y á buen seguro hubiesen cerrado las puertas á no haberles dicho el abad, cuando fueron á avisarle de la proximidad de los infieles:

—Hermanos míos en Jesucristo, oremos al Señor por las ovejas descarriadas; quizás alguna de ellas acudirá al camino de la salvación. Esta noche he soñado que la luna se eclipsaba y luego he visto aparecer una cruz roja en el cielo. Después de los *maitines* he vuelto á soñar en la cruz, que era blanca, y colocada entre el Mediodía y el Occidente. Así pues, dad hospedage á los infieles, que acaso la mano divina trae aquí para su conversión; que encuentren abrigo y alimentos, sin que se les pregunte quién son, ni á donde van; Dios los ilumine.

Mientras los monges hacían sus plegarias en el templo, Achmet y su comitiva llegaron á la portería del monasterio.

—El Señor sea con vos y con vuestros hermanos, dijo el lego haciendo la señal de la cruz.

El príncipe que entendió el idioma, respondió con suma deferencia.

—El Señor sea también contigo.

—Mi reverendo padre, el señor abad, ha señalado la casa de huéspedes para dar albergue á los viajeros. ¿Qué debo responderle?

—Que los sectarios de Mahoma, prosiguió Achmet hablando el lemosín, dan las gracias al pastor de los cristianos, y que aceptan su generosa oferta.

—Ha dispuesto que pongan en la casa los alimentos para no contaminar el santo hábito que vestimos.

—Recibo la limosna de mano de Dios, dijo el musulmán. Estraviado en estas sierras he oído la campana y he venido á pedir hospedaje.

—El Señor os ilumine, dijo el lego en ademán de despedirse.

—Desearia hablar con el pastor de los nazarenos. El pájaro del desierto tiene sed y busca fuente para aplacar su deseo; quisiera que el hermano del pastor repitiese á su hermano, el abad, las palabras mías.

Una hora después Achmet y Muley fueron introducidos ante los monges reunidos en capítulo.

—He accedido á vuestros deseos, dijo el prelado á los musulmanes, y habeis visitado esta mansión de los sacerdotes del Dios verdadero. ¿Acaso creiais encontrar en el monasterio del Cister la pompa y las riquezas de las mezquitas? Os habeis equivocado; somos pobres anacoretas y nuestro tesoro es una cruz de madera como aquella en que murió nuestro Redentor. ¿Qué mas deseais?

—Perdonad la impaciencia del que busca, respondió el príncipe.

—¿Qué buscáis pues en estas soledades?

—Soy un embajador del rey de Valencia que voy á la corte de Ramon Berenguer, para encontrar un sábio que me enseñe la ley del Mesías. En una palabra, busco la verdad.

—¡Oh, Dios Todo-poderoso! exclamó el abad con entusiasmo, ¡permite que ese infiel abra los ojos y te reconozca! Aquí podreis estudiar nuestra santa ley, continuó el prelado, lo mismo que en Barcelona. Poseemos en el convento los escritos hebreos de Moisés y de los profetas, los Evangelios de San Juan y de San Lucas, las cartas de San Pablo, las obras de San Agustín y de San Gerónimo; cuanto la iglesia de Roma tiene en documentos griegos y latinos. Si no comprendéis el texto original procuraremos traducirlo.

—Conozco un poco, repuso el moro con modestia, las lenguas orientales, y no me son extraños el romano y el griego.

—Sois un joven de conocimientos.

—¿De qué me sirven, prorumpió Achmet con amargura, si ignoro lo que he sido y lo que seré? Desde mi infancia he leído el Corán, y nunca he dudado de que aquel escrito no solo es cosa de los hombres, sino que no puede ser cierto el dogma que predica. He visto después á Platon, y desde entonces busco al Justo que me enseñe la verdad.

—Dios convertido en carne mortal fué el verdadero justo del filósofo griego, y sus palabras no necesitan comentarios para conocer que son sentencias divinas.

—Acepto tu oferta, dijo el príncipe al superior del Cister.

Con tu permiso voy á enviar mis esclavos á Barcelona y mi amigo Muley cumplirá mi encargo.

—Don Ramon Berenguer está en Lérida.

—Allí, pues, dijo Almet á su compañero, puedes dirigirte, y evacuada la misión de Al-menon volverás aquí.

El príncipe musulmán permaneció unos días en el monasterio, y tuvo ocasión de apreciar las interioridades de los monges. Cuando la lectura de los Santos Padres le dejaba una hora libre asistía á los oficios, á las oraciones y á todas las ceremonias que eran para el catecúmeno un complemento vivo de los manuscritos. Admirábase extraordinariamente de la pobreza del vestido monacal, de la sobriedad en la mesa, y de la fraternidad que reinaba entre los moradores de aquella casa. El superior era el primero en dar cumplimiento á los estatutos de la orden, y ningún monge se desdeñaba de las faenas mas groseras. Sobre todo chocó al moro la enfermería; y no por la sola asistencia material, sino por los consuelos espirituales que se prodigaban á los pacientes, en los cuales no se conocía la huella del dolor.

Cuando Muley regresó de Lérida, encontró á Achmet enteramente mudado. Estaba flaco, pálido; en su frente surcaba una arruga, y sus ojos hundidos respiraban inmensa tristeza.

—¿Has visto á la hermana de mi padre? preguntó el joven á su amigo.

—Ella y los suyos son prisioneros del conde de Urgel. He reclamado, en nombre de Al-menon y de tu padre, su libertad y solo tú podrás alcanzarla.

Se necesitan parias ó veinte mil monedas.

—Así lo harás presente al rey,

—¿Cómo, no regresaremos juntos á Valencia?

—No, Muley. Ha llegado la hora para mi decision. La duda va cesando y empiezo á entrever la luz de la verdad. Me quedo aquí.

—¿En el convento de los nazarenos?

—Estoy resuelto á abrazar su creencia.

—Nunca me figuré un cambio tan repentino en un príncipe ilustrado. Reniego de nuestros diálogos por la parte que he tenido en avivar la duda en tu corazón. Consentia en que fueses un mal musulmán, mas no en que apostatases, mayormente faltando á lo que debes á tus padres y á la confianza del rey.

—Anciano, dijo el joven con gravedad, tus cabellos ya blanquean y estás al borde del sepulcro. ¿El ser que, dentro de tu cuerpo, piensa en que ha de parar? ¿de dónde ha venido? ¿Es el paraíso carnal la esperanza del alma que solo puede sobrevivir ó de la materia que se pudre? La eternidad es cierta y el Corán una ficción.

—Querido Achmet, repuso el moro aterrado, comprendo tus razones en dudar de la ley del Profeta, empero no te decidas con tanta precipitación. Volvamos á la corte de Al-menon, y después de cumplido tu encargo podrás tomar el partido que bien te parezca, sin que nadie te lo heche en cara. Lo demas fuera obrar con mucha lijereza.

—He reflexionado bastante tiempo acerca de los deberes humanos para titubear hoy. Hay una ley superior á todas, y es la de sí propio cuando cada uno considera la eternidad en el porvenir. Además, amigo mio, no hay apostasia en abandonar un dogma que repugna á la razón; y dichoso el que después de estraviado encuentra el camino.

¿Qué son unos cuantos años intercalados de sueños y sin-sabores para compararlos con la infinitud de otra vida? No llorarán mis ojos el error, pues que he sabido oír la voz que me llama al Dios verdadero. Has de saber, Muley, que hace muchos meses que una vision se me aparece por las noches y me dice: ¡Ven, ven! Encima de una gran montaña veo una cruz rodeada de nubes coloradas, y la fantasma fué la que me condujo á este convento.

—Son ilusiones del sueño, dijo el viejo musulman.

—La realidad del día es la misma ilusion de la noche. Es cierto que durante el sueño suceden las maravillas, empero aquí, en un rincon del mundo, veo la existencia de lo que he soñado. La cruz es la fé de los cristianos, y es fuerza que la abraza, ya que por tanto tiempo me estaba llamando.

—¿Y qué dirán tus padres y tus hermanas, espuestos al resentimiento del rey?

—Muley, las cosas mundanas son poca cosa en paragon del cielo que promete Dios.

—Aun cuando sea como tú crees, de ninguna manera debes dejar en el error á tu familia, y es obligacion tuya iluminarles con la verdad.

—No es la hora, debo acabar mi conversion para despues emprender la de los demas.

—Es decir que estás resuelto.

—Irrevocablemente. Por tu mano envio á mis padres la renuncia que hago de todos mis derechos, y la confesion de mis errores. Mañana voy á abjurar ante el pastor de este monasterio y desde aquella hora cesarán todas nuestras relaciones. Tú, regresarás á Valencia y enterarás á Al-memon de todo.

Las lágrimas del anciano y sus vivas instancias, en nada pudieron variar la resolucion del jóven moro, y aquella misma tarde se despidió de sus criados. Al otro día cuando la campana tocaba á los oficios, la comitiva morisca se puso en camino y poco despues se perdió de vista en el horizonte.

Mientras que Muley y su séquito desaparecia en el bosque, Achmet en la puerta de la iglesia aguardaba la salida de los monges, desde el umbral del templo oía los versos del rey profeta, y las oraciones penetraban en su alma como las gotas del rocío en el cáliz de una flor. La gracia de Dios habia obrado en el jóven mahometano y tras la duda era llegada la creencia.

Al deshlar los monges, tropezaron con el principe que estaba de rodillas delante de la puerta misma.

—Padres mios, esclama el moro, soy una oveja perdida y quiero entrar en el rebaño del Señor.

—¿Quién eres? preguntó el abad enternecido.

—Fuí Achmet, hijo de Almanzor, régulo de Pintarrafes y de Carlet.

—¿Y ahora? volvió á interrogar el prelado.

—Quiero abrazar la fé del que murió en una cruz para la redencion de los pecadores; pido el agua del bautismo y deseo llamarme *Bernardo* con el fin de imitar los pasos del fundador de la órden del Cister.

Los monges se postraron y entonaron el himno de San Ambrosio en accion de gracias.

El abad se dirigió al moro que permanecia arrodillado.

—Sois muy jóven, le dijo con dulzura, para decidiros

tan pronto: antes de entrar en el gremio cristiano os encomendaremos á uno de nuestros hermanos, que os explicará la ley, y cuando esteis enterado recibireis el bautismo.

—Padre mio, contestó el sarraceno, el Señor Dios me ha iluminado.

—Explicaos.

—Hace casi un año que todas las noches se me aparece en sueños, un elevado monte, rodeado de nubes, y en cuya cima está puesta una cruz. Siempre he procurado subir hasta la cumbre, empero el cansancio y una nube de negros vapores me lo impiden. Subo, bajo, me estravio y no puedo llegar sino á la mitad de la cuesta. Cuando la fatiga ahoga mi pecho, oigo una voz que desde lo alto me dice: ¡ven, ven! Vuelvo á cansarme en vano, y desperto nadando en sudor. Hace cosa de unos cincuenta días, que en lo alto de la montaña se han presentado unas fantasmas blancas vestidas de negro que me alargan las manos para ayudarme á subir?

—¿Y qué creéis ser esos sueños?

—Segun mi fé el monte es el cielo del Cristo, en cuya cima brilla la cruz; las nubes que me tapan la senda son mis errores, mis pecados; la voz que me llama es la del Señor, y las fantasmas que me ofrecen su mano sois vosotros, los monges del Cister.

—Y qué mas habeis soñado.

—Esta última noche, animado de un valor extraordinario, he emprendido mi ascenso con toda decision; las nubes se han disipado poco á poco; el sol brillaba en lo alto reflejándose en la cruz; despues de un gran trecho andado, cuando estaba cerca de la cumbre, las fantasmas blanco-negras me han dado la mano y he llegado al pie de la cruz, ante la cual me he postrado.

—¿Y despues?

—Todo ha desaparecido.

—¿De qué color era la cruz?

—Siempre la habia visto blanca, mas la de esta noche era roja.

—Hijo mio, exclamó entonces el abad: levantaos y abrazadme; aquel buen Señor que murió por su amor á sus hijos ha hecho un milagro; dichoso vos, principe, que habeis sido llamado y habeis escuchado al que os busca para daros la gloria en la eternidad. Si, en sueños, en vigiliass de día, de noche, por todos los medios, Dios avisa á las criaturas mortales á fin de que abran sus ojos á la luz de la fé; mas ¡ay! muchos, todos somos los llamados, y pocos los que llegan á la cima de la montaña.

El abad mandó abrir las puertas de la iglesia, y revestido de trage ceremonial hizo las preguntas de costumbre al catecúmeno.

—Cómo te llamas tú que quieres entrar en el santo seno de nuestra madre la Iglesia?

—Me llamé Achmet cuando era musulman; ahora he adoptado el nombre de *San Bernardo*.

—¿Qué pides?

—El bautismo para lavar en sus aguas mis pecados.

—Haz tu profesion de fé.

—Creo en Dios uno y trino, como San Agustin; dijo el catecúmeno con inspiracion; creo en el Hombre-Dios, hijo de la Virgen, y muerto en la cruz segun he leído en las obras de San Gerónimo; creo en la santa iglesia católica, apostó-

lica, romana, en la resurreccion de la carne y en la vida eterna.

—Di tu confesion.

—Abjuro los errores en los que creí un tiempo como ma-

hometano, y pido perdon del mal que hice ó pude hacer.

Dos jóvenes coristas despojaron al catecúmeno del turbante y del sayo. El abad cubrióle con una túnica blanca y procedióse á la ceremonia.



Estraviado en estas sierras he oido la campana y he venido á pedir hospedage.

Despues de ella un solemne Te Deum fué cantado en accion de gracias, y el nuevo cristiano entró en la vida verdadera con toda la fé de un santo.

Poco tiempo despues tomó el hábito de la orden y per-

maneció veinte años en el monasterio de Poblet, en donde le dejaremos hasta volver á encontrarle en Valencia.

JOAQUIN FERRANDIS.

HISTORIA DE MAURICIO.

(Continuacion.)

Entonces el calderero sacó de un pequeño carricoche que le servía de almacén un gorro de lana gris teñido de carbon; cogió con ambas manos un montón de cisco pulverizado, y le aconsejó que se untase la cara y las manos con aquel ingrediente, asegurándole que con tales precauciones podría fácilmente burlar las pesquisas de la policía.

Mauricio hubiera debido desconfiar de un hombre que se prestaba tan cumplidamente á lo que quería; pero ¿sabríamos acaso mejor que él no entregarnos á aquel que nos adula y nos lisonjea?.... He aquí al hijo de Prudencio que

ha cambiado de dueño y de oficio. Mauricio decía en silencio con cierta satisfacción:

—Esta vez á lo menos trabajo con honradez; este ejercicio podrá tiznarme las manos, sin que por eso sea yo menos digno de la estimación de los hombres. Mientras yo permanezca oculto debajo de esta especie de cobertizo, cesarán de ocuparse de mí en las cercanías, y al cabo de algún tiempo, con una bolsa bien atestada de cuartos ganados con honradez, partiré para reunirme á mi padre lo mas pronto posible. ¡Qué dichoso seré si en adelante no tengo que vivir de limosna!

Apenas entró Mauricio en el ejercicio de sus funciones cuando fué invitado á desayunarse. Vió que su amo sabía vivir perfectamente; Cascabel obtuvo algunos restos, y terminado este primer negocio, el niño y el perro dieron co-



La feria.—Encuentro fatal.

mienzo á su tarea, pues marcharon juntos á pedir utensilios que componer al inmediato pueblo. La simpática fisonomía del niño, sus grandes ojos azules, que brillaban mas sobre su cara ennegrecida, conquistaron la benevolencia de la vecindad; no hubo una casa que no le diera alguna cacerola ó algun perol. Mauricio imaginó compartir la carga con el dócil Cascabel, lo cual fué para los parroquianos un nuevo suceso, pues encontraron al perro tan interesante como al niño; ambos hicieron negocio, y el sustento no costó nada al tío Toribio, que este era el nombre del calderero. Cascabel se iba reponiendo de sus largas privaciones, pues se supone que Frisquet le trataba de mala manera, y desde su salida de la aldea no había hecho mas que un solo día sus comidas completas y uniformes. El pueblecillo á que ahora nos referimos fué un país de cucaña para los dos amigos. El calderero cumplidamente satisfecho por haber encontrado auxiliares tan útiles y tan poco onerosos, llegó á pagar á Mauricio veinte y cinco cuartos diarios, y le re-

galó una pequeña bolsa de cuero, y todos los días le daba religiosamente su sueldo. ¡Qué hombre tan honrado era el tío Toribio!

No tenía mas que un defecto, y consistía en ser un poco holgazán, y retener demasiado la obra que le encargaban.

LA INOGENCIA AFLIGIDA.

Llegó el sétimo día; Mauricio contaba con alegría veinte y un reales en su bolsa, lo que junto á los seis días que le quedaban de trabajo componían en su totalidad treinta y nueve reales. Con esta cantidad decía el niño que podía llegar al otro extremo del mundo, y su corazón latía de contento.

—¿Y nuestros utensilios? decían á Mauricio las gentes á quienes anunciaba por la tarde su partida para el siguiente día.

—¿Vuestros utensilios? El señor Toribio los devolverá á vds.; yo acabo de dejarle porque el sueño me rendía, en cuanto á él está trabajando todavía. ¡Ah! es un hombre muy laborioso.

Después de esta explicación, Mauricio se retiró para acostarse. Creyó ver á su maestro al siguiente día, solo para despedirse y almorzar con él, y para concluir tan felizmente como habían empezado.

Sin embargo, el señor Toribio, desembarazado de su aprendiz, puso en práctica el proyecto para el cual se había servido de Mauricio. Provisto de una masa de cobre y de estaño de un valor considerable, desapareció durante la noche. Acababan de atestiguar su fuga cuando Mauricio salía de su posada.

Los dueños de los utensilios estaban furiosos. El uno cogía al niño por el brazo y le sacudía desapiadadamente; otro le amenazaba con el puño cerrado; otro le apostrofa en términos bastante duros, y Mauricio consternado da señales de un dolor tan vivo, que en muchos reemplaza la compasión á la cólera.

—Si él fuese culpable, dijo una voz, no estaría entre nosotros; hubiera seguido al ladrón.

—No importa, decía otro; él debe responder del daño ocasionado; á él le entregamos nuestros utensilios, que nos los devuelva.

La autoridad creyó conveniente, sin embargo, asegurarse de su persona, y de este modo cayó en la desgracia que más temía. El hijo de Prudencio estaba preso por sospechas de robo, ó como cómplice de un ladrón. Preciso es decir que Mauricio lanzó gritos de desesperación cuando le condujeron al juzgado, y todos los que le vieron sintieron su desgracia. Unos le acompañaban, otros le compadecían y se esforzaban por tranquilizarle. El perro que había compartido con su amo el favor público manifestaba su compasión, no habiendo en todo el pueblo un ente más afligido. Cuando le vieron caminar con la cabeza baja al lado de Mauricio, lamerle las manos ó precipitarse sobre él como queriendo consolarle, las gentes se enternecieron más todavía, y se resolvió que ambos amigos no se separarían nunca.

Desde el momento que se vieron en el recinto de la prisión, el magistrado pasó á hacer al niño el primer interrogatorio; este respondió bastante animoso, dando todos los pormenores que solicitaban de él, procurando lo mejor que podía ilustrar á la justicia, asegurando que estaba interesado en decir nada más que la verdad. Al mismo tiempo refirió su historia al magistrado, y preguntó si le permitirían escribir á su padre. Le autorizaron á ello con la condición de que la carta sería leída antes de ser espedita. Mauricio no se negó á esto y escribió la siguiente carta, figurándose sin duda que la misiva encontraría sola su camino.

«Mi querido padre: Yo te escribo esta carta en una prisión donde me han encerrado, y te digo en primer lugar, que no es culpa mía verme en ella, y que soy muy inocente del cobre y del estaño. Mi querido padre; yo he sido muy desgraciado desde tu partida; pero no soy culpable, te lo juro delante de Dios. Seis días después de tu partida, nuestra prima cayó muerta de repente, y me separaron de aquella casa sin preguntarme si me convenía, y como querían separarme de Cascabel y fusilarle, aunque era tan inocente como yo mismo, salimos del pueblo él y

yo con la intención de buscarte. Hasta ahora todo nos ha salido muy mal; he sido engañado, extraviado y me han separado de mi verdadero camino. Pero también he encontrado buenas gentes que me han cuidado. Dos niñas me han dado leche de su cabra con patatas cocidas. Al otro día, Cascabel y yo comimos en casa de un honrado labriego, que nos dió buenos consejos. Tuve la desgracia de no seguirlos y escuchar los malos. No quiero referirte todo lo que me ha pasado, porque necesitaría mucho tiempo para ello; pero si Dios quiere lo sabrás pronto todo de mi boca. Me aseguran que una persona inocente no puede ser condenada, y por lo tanto, pronto estaré libre, y te abrazaré mil y mil veces para reparar el tiempo perdido. Adios, mi querido padre; no estés intranquilo, porque siempre seré tu fiel y honrado hijo

MAURICIO.»

En el sobre puso estas palabras: Al señor Prudencio Salazar, maestro de obras en Asturias.

Dijeron al niño que con semejantes señas, difícilmente llegaría la carta á su destino; y se decidió por último, que se escribiese á la aldea que el padre y el hijo habían dejado, á fin de ver si era posible que se dieran señas más exactas.

Sin embargo, Mauricio no encontraba consuelo en su prisión, y cuando vió que se acercaba la noche se redobló su tristeza. Se hallaba sentado en un rincón y Cascabel á su lado. El niño recordaba con ternura el gozo que este fiel compañero había manifestado al encontrarle el día anterior.

—¿Para seguirme á una prisión me buscabas? le decía. Es igual; aun cuando lo hubieras sabido no hubieras dejado de buscarme.

LA CAZA POR EL BASTRO.

De repente le vino á Mauricio la idea, que Cascabel que le había encontrado tan pronto, podría descubrir de la misma manera al señor Toribio, á cuyo trato se había acostumbrado el animal durante los ocho días que habían vivido juntos. Mauricio, felizmente, había ejercitado su perro á escuchar este nombre, y divertía al calderero diciendo algunas veces al inteligente perro:

—¿Dónde está Toribio?

Y el perro corría al punto en busca del hombre. Cuando concibió esta idea en su triste morada, para probar á su perro le repitió la pregunta. Cascabel levantó la cabeza bruscamente, y comenzó á olfatear por todas partes.

Persuadido de que su idea era buena, el niño mandó llamar al juez á toda prisa, diciendo que tenía una cosa muy importante que comunicarle. Vino el juez. Este modo de persecución le pareció al magistrado bastante singular, y sin embargo consintió en ello, y Mauricio tuvo permiso para verificarla él mismo; salió, pues acompañado de su perro; la noche era sombría, pero esta salida no fué observada por ninguno. El niño solicitó que le llevasen al parage donde el señor Toribio había trabajado.

Cuando Mauricio se encontró allí, después de haber acariciado á Cascabel, le dijo con prontitud:

—¿Dónde está Toribio?

El perro se puso á olfatear, corrió hácia muchos lados,

volviendo siempre al mismo parage. Ya no se esperaba nada de él; pero Mauricio le exortaba, le animaba con su voz, y repetía á cada momento la pregunta que no dejaba nunca de escitar al perro. En fin, siguió otra pista, y despues de haberse aproximado á algunas casas situadas en el extremo del pueblo, volvió á entrar en el interior, anduvo por algunas calles estraviadas, para detenerse obstinadamente delante de una casa con ventanas, donde no se veía el menor vestigio de luz. Cascabel se subió sobre una piedra grande, olfateó, la tró repetidas veces, y el niño aseguró que el señor Toribio debía estar allí.

El amo de la casa asomó la cabeza por la ventana y cuando se enteró de lo que se trataba, tomando el tono de un hombre que se incomoda porque le sacan de la cama, se negó á abrir la puerta, y hasta dió señales aparentes de quererla atrancar. Le dijeron que aquella conducta le hacia mas sospechoso, y se le dirigian fuertes cargos por ella. El magistrado intervino en la cuestion, y por último se se abrió la casa y comenzaron las indagaciones. Despues de un prolongado registro consiguieron descubrir los objetos robados, y el dueño de la casa se atrevió á decir, que ignoraba quien hubiese podido ocultar allí aquellos objetos; pero Cascabel confundió victoriosamente á este hombre, porque ladraba delante de un rollo de esteras dentro del cual encontraron al señor Toribio muy acurrucado. Prendieron á los culpables, y como no ofrecian garantías de ninguna especie y el robo estaba evidente confesaron su delito. Mauricio no necesitó del testimonio del señor Toribio para ser juzgado inocente; al contrario, este hombre, ya porque no fuese enteramente malo, ya porque esperase que esta franca declaracion en favor de un niño que gozaba del afecto del público, produjese para él un buen efecto, aseguró que su jóven aprendiz no sabia nada de cuanto habia pasado.

ENCUENTRO FATAL.

Desde este momento, Mauricio fué declarado en completa libertad; en lugar de volver á la prision, pudo escoger entre cinco ó seis alojamientos que los habitantes del pueblo le ofrecian en reparacion de los agravios que le habian hecho, y le obligaron á guardar el dinero que habia recibido del señor Toribio.

—Le has ganado honradamente, le decian, y el servicio que tu perro nos ha prestado merecia mas todavía.

Le obligaron tambien á que prolongase su residencia en medio de sus nuevos amigos, pero él queria á toda priesa volver á emprender su viage.

El magistrado le llamó y le hizo comprender que hacia muy mal en recorrer el pais como un aventurero.

—Vuelve, le dijo, al lugar donde tu padre te ha dejado; allí es donde debes de esperarle.

El niño mostró una grande repugnancia á tomar este partido, y refirió sus temores respecto al señor Santiago.

—En ese caso, te pondremos bajo la custodia del alcalde del pueblo, y así te hallarás en completa seguridad, y no se atreverá tampoco á llegar á tu perro.

—¡Ay, señor! respondió cándidamente Mauricio, nuestro alcalde obedece al señor Santiago como los demas.

—En ese caso, en lugar de enviarte á tu aldea, te envia-

ré al juzgado inmediato; el juez de aquel distrito te tratará como á su hijo, y bajo su custodia esperarás allí nuevas de tu padre; es el mejor y el camino mas corto para reunirte á él. En este pueblo hay un honrado traficante ambulante forastero que parte hoy para la feria que se celebra en un pueblo inmediato, á una media legua de aqui. Es camino para el lugar donde yo quiero enviarte. Cuando los dos hayais llegado, el traficante buscará un guia que te conduzca mas lejos. De este modo llegarás allí en tres ó cuatro dias. Escribiré en tu favor al juez de primera instancia, y espero que en esta ocasion confiarás en la autoridad que vigila lo mismo para proteger á los buenos que para reprimir á los malvados.

Mauricio prometió ser juicioso, y partió en compañía del traficante; cuando llegaron al sitio indicado y dejaron el caballo en la posada, el hombre dijo á Mauricio que iba á evacuar sus negocios, y que al mismo tiempo buscaría una persona de su confianza para dar cumplimiento á las intenciones del magistrado; que él mientras tanto podia dar un paseo y volver pasada una hora para saber lo que habia sobre el particular. El niño fué, pues, á pasearse con Cascabel; le agradó mucho el movimiento de la multitud; se paraba en frente de todos los puestos y de todas las tiendas construidas con tablas; Mauricio vigilaba á su Cascabel, cuya curiosidad le llevaba á todos lados. Habria una media hora que caminaba de esta manera, cuando el jóven habiéndose parado delante de un puesto de juguetes, oyó detrás del puesto una voz ronca que exclamó:

—Aqui está el perro, su amo no estará lejos.

Y al mismo tiempo tuvo principio una lucha violenta entre el hombre y el animal. El hombre era Santiago; el comercio le habia conducido allí; y siempre colérico y arrebatado habia cogido por fuerza á Cascabel, quien oponia contra su enemigo una enérgica resistencia.

Esto ocasionó tumulto entre los transeuntes. Las amenazas del señor Santiago, los aullidos del perro, pusieron á todo el mundo en conmocion, y se suspendieron por un momento las operaciones comerciales.

Mauricio pudo evadirse fácilmente: ni los consejos del juez, ni la memoria de un pasado lleno de amargos recuerdos pudieron detenerle. ¡Adios sábias reflexiones! ¡Adios buenas promesas! Al cabo de un cuarto de hora Mauricio se encontraba ya bastante lejos.

UNA FALTA GRAVE.

Cuando se creyó fuera de todo peligro, comenzó á reflexionar acerca del partido que debía tomar. ¿Acudiria en socorro de Cascabel? Tenia vehementes ganas de hacerlo; pero reflexionó que seria una cosa inútil.

—O Cascabel está libre como yo, dijo, y no tardaré en volverlo á ver, ó su contrario ha sido mas fuerte y lo he perdido para siempre.

El niño creyó hacer bastante por la amistad quedando oculto donde mismo se encontraba, esperando que viniera la noche para pedir despues en el pueblo nuevas respecto á Cascabel. La historia se habria propagado; no se hablaria de otra cosa, y sin descubrirse encontraria medio de ilustrarse acerca de la suerte de su desgraciado compañero.

Cuando llegó la noche, Mauricio, á riesgo de caer en

las manos de Santiago se dirigió al pueblo. Vió en la primera plaza muchos chicos reunidos y no temió mezclarse en sus juegos. No fué observada su cualidad de forastero, porque la feria había llamado mucha gente extraña al pueblo. Prestaba oído á todo cuanto se hablaba, y no escuchó nada que tuviera relacion con su perro. Ya se esponía á dirigir algunas preguntas á uno de los chicos, cuando oyó á dos de sus compañeros que disputaban juntos.

—¡Estaba rabioso! gritaba el uno.

—¡No lo estaba! replicaba el otro.

—¡Mordió á aquel hombre y le hizo sangre!

—Pero fué porque el hombre le cogió primero y quería ahogarle.

—Mi padre estaba allí, y lo vió todo.

—También se encontraba allí mi padre, que fué quien se opuso á que mataran al pobre animal.

—¡Vaya una cosa buena que ha hecho!

—Cabales que la ha hecho. Aunque no fuese mas que por interés del herido, ¿no era conveniente saber si el perro estaba ó no atacado de la rabia? Así lo exigía también el cirujano, y ha mandado que se tenga al perro atado hasta que se averigüe la verdad, y mi padre se ha encargado de este cuidado.

—Tanto peor para vosotros.

—¿Qué podemos temer nosotros? Apenas atamos al perro cuando le vimos beber. ¡Pobre animal! está tan rabioso como yo. Muchas veces imaginan eso los hombres sin comprender que tratan muy mal á los animales.

Mauricio, poniendo atención á este diálogo, se sentía extraordinariamente conmovido, porque le encantaba el buen corazón del niño que defendía su perro; hubiera querido dirigirse á él con franqueza; pero el temor de volver á caer en las garras del señor Santiago, que estaba mas furioso que nunca, reprimió este buen movimiento. Resolvió observar al chico, seguirle, y conocer por este medio dónde Cascabel se encontraba prisionero; luego pensaría lo que debía hacer en consecuencia.

Los niños no tardaron en separarse. Mauricio siguió á lo lejos á aquel cuyo padre tenía á Cascabel bajo su custodia, y se detuvo en el momento que le vió entrar en su casa. Algunos instantes despues se aproximó cuidadosamente con el objeto de descubrir el parage donde podría estar Cascabel; había junto á la casa una especie de cobertizo que parecía servir de cochera, y se dirigió á esta parte aproximándose despues á la puerta; estaba cerrada y la llave no estaba allí. Tocó á ella con mucho sigilo, pero Cascabel lo sintió y conoció á su dueño, lo que contribuyó á que se agitara y empezase á ladrar inoportunamente.

—¡Chito, chito! dijo en voz baja Mauricio, temblando de alegría y de miedo.

Y esta advertencia bastó al prisionero para guardar el mas prudente silencio.

Había allí mismo á cierta altura una ventana angosta. ¡Oh felicidad! Estaba abierta, no había necesidad de hacer ninguna fractura. Mauricio se encaramó con lijereza, saltó dentro, sacó una especie de cortaplumas que llevaba, cortó la cuerda que detenía al prisionero, y salen ambos por el mismo camino, primero Cascabel y su amo detrás.

El dichoso Cascabel estaba embriagado de alegría, y Mauricio, además del temor de ser descubierto que experimentaba, se reconvinó de haber hecho una mala acción.

Un hombre de bien había salvado á su amigo; había resistido en su favor á las sospechas populares, tan á menudo injustas y crueles, y se había encargado de su prisionero para librarle de la muerte; su hijo, tan generoso como el, tomaba la defensa de Cascabel á pesar de los otros niños, como el padre á pesar de los demás hombres; Mauricio había seguido traidoramente las pisadas del niño, y había entrado como un ladrón en la casa hospitalaria, y había robado el depósito confiado por un poder tutelar al honrado ciudadano. ¡Cuántas cosas podía decirse acerca de una conducta tan falsa! Y desgraciadamente Mauricio pensó en ello demasiado tarde para tomar otro partido mas conveniente.

Se alejaba como un culpable, internábase en el campo buscando los parages mas desiertos, y pensando tristemente en su suerte. El perro le colmaba de caricias, dándole gracias de la manera mas espresiva, y solamente respondía Mauricio:

—¡Pobre Cascabel! ¡Qué caro me cuestas!

Mientras tanto no hallaba ningún retiro, ni una choza, ni un molino ruinoso donde pasar la noche. Andaba errante por lo interior de un bosque, sujeto á la ventura, y se vió por último reducido á fabricarse una cama con hojas caídas, para acostarse y dormir aquella noche. En seguida estrechó á Cascabel entre sus brazos, y mientras que el dichoso animal se quedaba dormido, Mauricio, con los ojos fijos en la estrellas, esperaba vanamente el sueño; no era porque tuviera miedo, porque la vida que llevaba hacia algún tiempo tenía la ventaja de haberle acostumbrado á perderlo en estas ocasiones; pero acostado en medio de un bosque, en un país desconocido, no experimentaba el temor pueril de las fantasmas ó de los duendes. Lo que le tuvo tan largo tiempo con los ojos abiertos fué un temor mas grave, el de haber ofendido á Dios y afligido á su padre.

Estas angustias le perseguían hasta en el sueño, y tuvo por lo mismo terribles pesadillas. El que hubiera pasado por aquel bosque donde la luna brillaba en todo su esplendor, le hubiera escuchado sollozar, y le hubiese visto luchar contra las visiones que agitaban su ánimo. Levantóse á la salida del sol y prosiguió su marcha. Compró por valor de cinco cuartos pan en una venta estraviada, y con esto se desayunaron él y Cascabel.

—No merezco el pan que como, decía; mas le merece mi pobre perro.

El hijo de Prudencio estaba tan desalentado, que no pensaba ni en preguntar el camino que conducía á la Montaña blanca. Siguió por la marcha del sol entregándose en manos de la Providencia. Ya comenzaba á temer la vista de su padre al mismo tiempo que la deseaba; temía sus reconvenciones casi tanto como deseaba sus abrazos.

LA ESCUELA DE ALDEA.

Pasaba por detrás de la iglesia de una aldea á eso de las dos y media de la tarde, cuando vió á varios muchachos que jugaban juntos. Contra la costumbre general de los niños no hacían ruido y hablaban en voz baja, y comprendió que estaban en la escuela, y que estaban distraídos en ausencia del maestro. Uno de los chicos se hallaba separado de los demás arrimado á una tapia en ademán de acecho, á fin de anunciar en caso necesario la aproximación del enemigo si este aparecía. Este enemigo era el maestro.

quien desde luego no podía aprobar su conducta. Mauricio, privado hacia ya mucho tiempo del placer de jugar con los niños de su edad, se acercó cuidadosamente, y viendo que se jugaba al *oyuelo* solicitó pertenecer á la compañía. Fué de la partida y el juego continuó mas animado.

Algunos tiraban con monedas de á dos cuartos, otros con pedernales redondeados, y se lamentaban de esta desventaja. Mauricio, para demostrar que era buen camarada, y para que vieran su bolsa, saco tantas monedas como necesitaban los jugadores que carecian de ellas. Entre todas compusieron el número de quince, inclusa la suya, y el juego se animó mas todavia. Mauricio hizo ver que no era menos diestro que los otros, y se manifestó tan regocijado que olvidó la tristeza del día anterior. Le disgustaba solamente ver á sus compañeros poco amigos los unos con los otros, y

que se trataban con mala fé. Si no hubieran temido una sorpresa, seguramente aquellas disputas se hubiesen manifestado con gritos; pero se hacian sordas amenazas. El mismo Mauricio, el recién venido, el complaciente prestamista, no era menos amenazado que los demas. Es muy raro que un mal escolar sea un buen camarada; es necesario órden y disciplina hasta en los placeres, y jamás se espere del niño que se resiste á su maestro, ceda con bondad á sus condiscípulos.

Hacia una hora que duraba la partida, cada vez mas acalorada y enfadosa, cuando apareció el maestro de improviso por el lado opuesto al que le esperaban. ¡Grande espanto! Todos escaparon en tumulto como una bandada de gallinas asustadas; Mauricio huyó por su parte como los demas, sin tener tiempo de recoger sus monedas. Todo se



Mauricio, Cascabel y los posaderos.

perdió, hasta la moneda de que él mismo se había servido, que acababa de tirar al hoyo cuando llegó el maestro. Uno de los escolares, menos ágil ó menos dichoso que los otros, pagó por todos, y gritaba, no de dolor, porque no le pegaban, sino de rabia, porque le llevaban donde él no quería ir.

Mauricio estaba libre y huía; pero murmuraba á la vez que corría:

—¡Mis monedas! ¡mis monedas!

Y volvía la cara algunas veces y se detenía para deliberar si seria conveniente reclamar lo suyo; pero se guardó prudentemente de hacerlo, porque su conciencia le decia:

—¿A qué detenerme cerca de estos niños malos? ¿Por qué jugué con ellos? ¿Quién me obligaba á enseñarles mi bolsa? El castigo es justo. Mauricio oía esta voz infatigable, este testigo presente en todas partes, y bajando la cabeza prosiguió su camino. Se esforzó por consolarse contando lo que

le quedaba todavia, y encontró entre pesetas y algunos cuartos una cantidad no despreciable, y se dijo últimamente:

—Esta es una leccion para el porvenir.

Pero ¡ay! aquel mismo día debía olvidarla.

LA POSADA.

Habiendo oscurecido, y encontrándose delante de una humilde posada ó ventorrillo, resolvió pasar en ella la noche, con el objeto de reponerse en una verdadera cama de sus anteriores fatigas. Pidió de cenar y habitación donde dormir él y Cascabel. Tuvo la precaucion de preguntar el precio de antemano. Una buena cena compuesta de cabrito asado, y una media copita de vino, pusieron al niño del mejor humor. A su edad, los pesares y los remordimientos son muy débiles; se habia aproximado á la lumbre y escu-

chaba la conversacion de los bebedores de la cocina. Uno de ellos entonó una cancion popular, de cuya segunda estrofa no se acordaba; pero Mauricio que la sabia por casualidad se la recordó al cantor. Esto hizo que fijasen en él la atencion. Le rogaron que cantase; Mauricio tenia una voz muy bonita, con la cual habia deleitado varias veces á su padre. Prudencio Salazar, en sus momentos de ocio, enseñó á Mauricio algunas canciones escogidas, por lo cual el niño en este momento no pudo resistir á la tentacion de recoger algunos aplausos, y en su consecuencia entonó una cancion que le habia venido muchas veces á la memoria durante su viage. Cantó, pues, con voz sonora lo siguiente:

¿Dónde vuelas avecilla,
por el campo dilatado,
donde la tierra florece
y el cielo es sereno y manso?
La felicidad me espera,
responde al momento el pájaro,
porque mi padre me aguarda
feliz y regocijado.

Esta cancion fué escuchada con placer; elogiaron la argentina voz de Mauricio, y este tuvo el placer de ver á la buena posadera que se pasó la mano por los ojos; y esta buena muger hubiese preguntado seguidamente al niño si habia alguna relacion entre él y el pajarillo, si desgraciadamente no la hubieran llamado en el patio, donde pasó una hora ocupada en diversos trabajos.

Durante este intervalo, los bebedores hicieron sentarse á Mauricio á su lado, y le pusieron de mejor humor todavía haciéndole beber mas de lo que habia bebido. El niño, escitado por un estado enteramente nuevo para él, habló, rió, cantó y divirtió á todo el mundo. Pidieron naipes, y Mauricio miraba jugar. Al cabo de un momento, le vinieron ganas de poner algo en el juego viendo el buen éxito que lograba un joven jugador. Pidió permiso para arriesgar algunos cuartos, y aquellas gentes que no eran enteramente buenas, consintieron en ello sin el menor escrúpulo. El niño se lisonjaba ya de volver á ganar lo que habia dejado en las manos del maestro de escuela; pero sucedió todo lo contrario. Primero perdió cuatro cuartos, despues ocho, luego diez y en seguida veinte; y los bebedores se complacian con su despecho; le escitaron á que siguiera jugando, y al poco tiempo encontró Mauricio su bolsa vacia. Entonces, con el corazon oprimido de dolor y de vergüenza, se fué á acostar sin decir una palabra. Los jugadores que así habian despojado al niño de su dinero, se retiraron con su botin, y fueron indudablemente á gastarle en vino á otro ventorrillo.

Mauricio no pudo dormir hasta que amaneció; los vapores del vino se habian disipado pronto. Entonces pasando revista á la série de sus aventuras, deploraba sus faltas, y mas todavía lo que llamaba sus desgracias. Sin embargo, su fiel conciencia, despues de una lucha obstinada se mantuvo mas fuerte todavía y le fué preciso escucharla.

—Tú no debias haber jugado; procurando atrapar el dinero de otro, debias perder el tuyo.

—Pero antes habia perdido la razon.

—¿Y quién te obligó á beber? Te excusas de una falta con otra.

—¿Podia rehusar su cortesia? Quisieron mostrarse reconocidos al placer que yo les habia proporcionado cantando.

—¿Y á qué cantar? ¿Convenia esto á un desgraciado como tú?

Mauricio, afligido, separado de su padre, despues de los errores que habia cometido, y los contratiempos que habia experimentado, ¿debía tener corazon para cantar? No acuses al vino, sino solamente á tu orgullo. Querias que te elogiasen, y se burlaron de tí. Lloro, gime ahora, ó mejor dicho, procura arrepentirte; es el único medio que te queda para apaciguar á tu Dios y consolar á tu padre.

Tales eran los discursos de su conciencia, y por cierto que no fueron inútiles. La noche se ha hecho para el reposo del inocente y el tormento del culpable; pero lleve el repuso ú el tormento siempre es la mensajera de un Dios que nos ama. El tormento que causa al pecador, es el camino doloroso que le conduce á la paz. Mauricio no habia llegado todavía á aquel arrepentimiento profundo y humilde, que es la prenda segura de un alma regenerada, sin embargo, se levantó con el sentimiento de su falta; la posadera recibió de él la primer confesion. Le dijo sollozando su desgracia y la imposibilidad en que se encontraba de pagar el gasto que prudentemente habia arreglado con ella; la posadera le compadeció, llamó al marido, los dos se reconvinieron mutuamente por no haber vigilado mejor la conducta del niño, dejándole solo entre aquellos bebedores.

—Nada nos debes, le dijo el posadero, pues debiéramos haber prevenido el desórden que ha habido en nuestra casa. Esta es la desgracia de nuestro estado, pues somos á menudo, sin querer, la ocasion de muchos males de consideracion. Almuerza con nosotros, y toma estas monedas para tu viage, hijo mio; no puedo hacer mas y lo siento. Para otra vez, sé mas reservado. Usa de la posada mientras tengas necesidad de ella, y guárdate de las malas compañías que puedas encontrar en la mejor guarida.

Mauricio no queria recibir lo que el posadero le daba.

—Te lo prestamos, dijeron el marido y la muger: tu padre nos lo pagará.

De este modo el niño encontraba en el curso de su viage aquí el mal, allí el bien, y pasaba del desaliento á la esperanza. Viendo Mauricio que el matrimonio tenia que hacer, se despidió y partió con el corazon algo mas tranquilo.

NUEVA AFLICCION.

Las lecciones que habia recibido hasta entonces, no habian hecho en su ánimo una sensacion muy profunda. Sin embargo, á fuerza de haber sufrido mucho habia llegado á ser un poco mas reflexivo: conoció que gran parte de sus desgracias eran hijas de su indiscreccion, y de la facilidad con que se entregaba á los desconocidos; prometió ser mas cauto en lo sucesivo, menos comunicativo, en fin, juicioso y prudente. Despues de diversos cambios de fortuna, se veia casi en la misma situacion que á la salida de su aldea. Con otras costumbres acaso menos buenas; con treinta y cuatro cuartos en su bolsillo, y con cierto fondo de esperiencia. No distinguia aun el término de su viage; pero un dia, habiendo preguntado si las montañas que veia á lo lejos, y cuya cima era blanca, pertenecian al monte blanco, le respondieron que era una cordillera de Asturias desde la

cual se veía muy bien un monte blanco de una altura prodigiosa.

Esta noticia le hizo apretar el paso: ardía en deseos de llegar sobre aquellas colinas para ver desde ellas el país donde estaba su padre. El deseo le presentaba ya los deseados objetos, y se veía en las alturas, y desde ellas abarcaba con la vista una grande estension, y distinguía la casa en que trabajaba su padre; y le veía sobre los andamios; y le llamaba, y le tendía sus manos. Su padre le reconocía, y descendía para estrecharle en sus brazos.

—Pobre niño! ¡qué lejos estaba todavía este feliz momento! Una nueva separación iba á desolar su pobre corazón; nosotros pasamos fácilmente de las lisonjeras ilusiones á las tristes realidades. Acercábase un carruage conducido por un vigoroso caballo; era el de un carnicero que le dirigía á su casa lleno de tasajos de carne de carnero. Llevaba sobre sus rodillas un cabrito destinado sin duda á un fin tan triste como el de los animales cuyos despojos iban en el carro, y como si el pobre animal hubiese adivinado la suerte que le esperaba, se agitaba por momentos, hasta que escapándose de pronto de entre las manos del hombre, embarazado con las riendas y el látigo se arrojó fuera del carruage, pero tan desgraciadamente que dió su frente contra una piedra. Corría su sangre, y esta vista provocó el instinto carnívoro de Cascabel; lanzóse sobre el cabrito y le cogió por el pescuezo. ¡Desgraciado Cascabel! Acudió allí el hombre; el perro quiso defender su presa mal adquirida: Mauricio que se había detenido á coger moras, le llamó con instancia desde lejos. Cuando se acercó, el carnicero había ya pasado su grueso látigo en derredor del cuello de Cascabel y le llevaba arrastrando hacia el carro. Este hombre, diestro y vigoroso, volvía á montar con su cabrito, y arreaba al caballo para que partiera. Mauricio tuvo el dolor de ver á su pobre amigo arrastrando por el suelo detrás del carro que huía. Al cabo de algunos instantes se detuvo el carnicero; Mauricio creyó que era para devolverle su perro, ó para dejarle muerto en el camino después de haberle desatado; pero la intención de aquel hombre era muy diferente: había reflexionado que el perro era joven, de buena raza, y que podría hacerle muy buenos servicios; le recogió sin trabajo, porque el pobre Cascabel estaba demasiado maltratado para defenderse, y se dejó echar entre los cuartos de cabrito y de carnero. Todo esto se hizo en un abrir y cerrar de ojos, después de lo cual el carro se alejó con mas rapidez que antes.

Mauricio lo había presenciado todo á distancia de cien pasos, y su dolor fué tan violento que se dejó caer en tierra donde por espacio de mucho tiempo no hizo mas que gemir y gritar. Tal vez, si hubiese corrido, hubiera seguido el carro bastante cerca para ver el camino que tomaba; pero la desesperación no raciocina, y Mauricio, que acababa de hacer la formal promesa de ser juicioso y prudente, había carecido de ambas cosas en el momento en que lo juraba. Mucho debió sufrir sin duda; el niño exclamaba dolorosamente:

—¡Por haber abandonado mi aldea le pierdo tan tristemente! ¡Pobre Cascabel! ¿Por qué se le antojó lanzarse sobre el cabrito? También ha tenido un mal pensamiento; todos delinquimos; y yo soy castigado por habérselo quitado á su generoso defensor.

Todas estas ideas le fueron agitando hasta el momento en que vió dividirse el camino. ¿Qué senda tomaría? La

suerte del perro dependía de la elección que hiciera Mauricio. Esta vez el hijo de Prudencio Salazar fué juicioso, pues que habló consigo propio de esta manera:

—¿Por qué lado debo yo buscar mi perro?

Y encontrando claramente trazada la dirección por las indicaciones del honrado posadero, Mauricio emprendió por allí su camino sin titubear. Pero ¡qué triste estaba el pobre niño! ¡Cuántos sollozos y cuántas lágrimas! ¡Cuántas veces volvió la cabeza! ¡Cuántas veces llamó á Cascabel con toda la fuerza de sus pulmones! ¡Pero acaso Cascabel no viviría!.

LAS BUENAS ACCIONES.

A la caída de la tarde, nuestro joven viajero llegó á un pueblecillo y se apresuró á informarse si en él había algún carnicero. La contestación fué afirmativa, pidió las señas de su casa y corrió á ella. Se presentó de improviso, y sin embargo no vió nada sospechoso. Entró y dijo con el acento de la timidez, que su perro, habiendo seguido el carro de un carnicero, esperaba encontrarle allí.

—Poco te quería tu perro por lo visto, dijo la voz ronca de un hombre gordo, ó sin duda no le darías bien de comer.

—Señor, se contentaba con lo que yo le daba; poco era en efecto; pero hablando con verdad creo que no me ha dejado de buena voluntad.

—Sé mas franco, amigo mío; te lo han robado; veo que estás apesadumbrado; yo quisiera que tu perro estuviera en mi casa para podértelo devolver.

Mientras que el hombre hablaba de esta manera, un perro encerrado aullaba detrás de una puerta; Mauricio volvió al punto los ojos hacia aquella parte: su gemido era de un todo semejante al de Cascabel.

—¿Crees que es ese? le preguntó el carnicero con aire franco y leal.

—No, señor, contestó Mauricio.

—Quiero que lo afirmes después de haberlo visto.

—No, señor, no lo consiento; vd. es un hombre de bien, lo conozco; Cascabel no está en su casa de vd.

Y diciendo estas palabras, el niño se interpuso delante del carnicero que iba á abrir la puerta. Este hombre, encantado de su confianza, le tendió entonces la mano y le dijo:

—¡Tú serás un hombre honrado! Quiero que cenes conmigo.

Olia á chuletas esparilladas; estos apetitosos vapores y la insistente proposición del carnicero, contribuyeron á que Mauricio que no había comido casi nada en todo el día, aceptase la invitación con reconocimiento. Le condujeron á la trastienda, y allí tomó asiento entre el carnicero y su gruesa mujer. Un joven y una niña, los únicos hijos que tenían, se presentaron y saludaron á Mauricio en tono amistoso. Estas buenas gentes así reunidas, tenían el aire mas feliz del mundo. La niña que acababa de llegar, abrió al perro puesto en reclusión, y demostró sin saberlo la sinceridad de su padre. Mauricio miró al carnicero con un aspecto que quería decirle: Ya yo sabía que no era él. Dió, como los demás, sus huesos al perro, pensando en el festín que Cascabel se perdía. El hombre para distraer su joven convidado procuró hacerle hablar. Mauricio respondió á todo con cierta reserva; pero

comparando su triste aislamiento con el feliz estado de aquella familia, dijo con un juicio superior á su edad:

—Esperimento envidia al verlos á vds.

Y dirigiéndose al niño:

—Amigo mio, le dijo, no dejes á tu padre nunca.

—¿Te ha dejado el tuyo? preguntó al instante el carnicero.

—Yo tengo el mejor de los padres; pero sabe Dios cuando podré verlo.

Sobre esto guardó silencio, y como conocieran que deseaba no decir mas, no le instaron.

—Hijo mio, dijo la muger; no te hemos convidado á nuestra mesa para despedirte despues. Veo que tienes mas necesidad de sueño que de conversacion. Vamos á ver si te damos gusto.

Diciendo esto se levantó y preparó una cama para Mauricio al lado de su hijo. Se retiraron juntos, y el niño, imitando la discrecion de la madre, dejó que el viagero se dur-



Mauricio, Cascabel y el carnicero.

miese á su gusto, sin decirle casi otra cosa que «buenas noches.»

Desde que Mauricio se habia puesto en camino, no habia encontrado huéspedes mas benéficos; los dejó con tristeza, y sintió haberse mostrado reservado con ellos. Cuando partió le saludaron afectuosamente, y le siguieron con la vista todo el tiempo que pudieron. Y no solo le habian

obligado á que se desayunara bien, sino que ademas le dieron algunas provisiones para el camino. Se hubiera dicho que el carnicero de este pueblo habia querido consolarle del pesar que el otro le habia ocasionado.

(Se continuará.)



Vista de Bombay.



Vista de Bolibany.

POSESIONES INGLESAS.

Bombay fué en su origen una aglomeracion de islotes llenos de grandes y numerosos cenagales en que crecia una densa vegetacion, los cuales ocupaban y desocupaban alternativamente las aguas del mar; era su situacion tan insalubre, que al que alli fuese á vivir no le concedian mas que tres años de existencia; pero hoy es diferente. La isla de Bombay es en la actualidad el principal establecimiento que tienen los ingleses en la costa occidental de la India; su estension mayor es de dos leguas, con una de latitud.

Antiguamente la parte de Bombay, que en el dia forma la esplanada, estaba sombreada enteramente por la frondosidad de numerosos cocoteros; pero ahora está el suelo desnudo y sin ningun árbol desde el extremo mas elevado de la isla hasta Dungaria, vasto barrio poblado únicamente por los indigenas. El castillo ostenta un aspecto regular, y está muy fortificado, particularmente en la parte que mira al puerto. Las murallas de Bombay tienen fama de ser muy sólidas, escepto por la parte de tierra, donde ofrecerian solo una débil resistencia al enemigo que ya desembarcado las sitiase formalmente. Los portugueses empezaron á edificar la ciudad y la completaron los ingleses; sin embargo, aunque las casas pertenecen á distintas épocas, guardan todas uniformidad en su estilo con las edificadas por los lusitanos, lo cual le trasmite un aspecto mezquino comparativamente á Madrás y Calcuta. El mar baña los muros del fuerte por tres lados, y el cuarto lo ocupa la esplanada. Los barrios situados al Norte de la ciudad sirven principalmente de morada á los parsis, quienes, cualquiera que sea su civilizacion, son generalmente tan súcios en lo interior de sus casas, que no es posible pasar sin repugnancia por las calles en que habitan.

La isla de Bombay es un estéril peñasco que ningun atractivo ofrece á los ojos del agricultor; pero bajo el aspecto mercantil es una plaza de grande importancia. Ningun establecimiento europeo tiene tan hermosos astilleros para la construccion de buques, y en efecto, de aquel arsenal han salido en gran número navios de guerra de primera clase, y tambien los buques de mayor porte pertenecientes á la compañía de Indias; el nuevo astillero perteneciente al mayor Cooper, es tan bello como cualquiera de los mejores de Europa. Todos los buques los construyen los parsis, que alquilan los astilleros á la compañía y disfrutan de un esclusivo monopolio en esta clase de trabajos; los mismos hacen todas las composiciones de los buques que van á calafatearse en el puerto de Bombay, pues gozan fama de ser los mejores artifices de la India. Sacan toda la madera necesaria para la contruccion de los bosques que pueblan la provincia de Aromgabab, y estos materiales hallan muy fácil trasporte por los rios que descienden de aquellas alturas. Siendo los buques contruidos en Bombay los mejores que se botan al agua, son por la misma razon mucho mas caros que los que se fabrican en otras partes.

AFRICA.—ESTADO DE BONDOD.

Bondoo está situado en el Africa Occidental, entre 44 y 45° de latitud Norte, y de 40 á 42° de longitud Oes-

te; es comarca en general montuosa, y particularmente en el Norte y el Este. Los montes en su mayor parte son peñascos y no muy elevados, cubiertos de raros y leñosos arbustos que solo pueden servir para la lumbre. Los valles en que las poblaciones tienen su asiento están cultivados, y los cruzan numerosos torrentes mas ó menos caudalosos, que los riegan durante la estacion lluviosa, quedando secos lo restante del año. Sin embargo, el *Senegal* y el *Falémé* recogen estas aguas. Varios árboles frutales dispuestos agradablemente, diferentes poblaciones y plantios de algodon y de añil comunican á dichos valles un aspecto muy delicioso, y sobre todos los objetos domina ese gigante del reino vegetal, el colosal baobab, árbol prodigioso, venerado de casi todos los pueblos africanos.

Boolibany es la capital de Bondoo, y está situada en una vasta llanura, al pie de una cordillera de desnudos y áridos montes.

Esta poblacion es la residencia del rey ó del *almamy*, y consta á lo mas de mil quinientos á mil ochocientos habitantes, cuya mayor parte componen los parientes del *almamy*, sus criados, esclavos y trabajadores. Boolibany está rodeada de un muro formado de arcilla de diez y ocho pies de espesor y diez de altura. Tiene cinco puertas con algunos lienzos de muralla que sostienen varias torrecillas de nueve á diez pies cuadrados, con saeteras, cuyas torrecillas están simétricamente colocadas, y comunican un aspecto formidable á la plaza.

Los palacios del *almamy* y de su familia están de espaldas á las murallas, al Oeste de la ciudad, y cercados de muros de mayor altura y espesor, y de igual construccion y materia que los demas. A pesar de que estos palacios están contiguos, no tienen ninguna comunicacion interior.

La mezquita se encuentra en un estado el mas lastimoso; está situada en un extremo de la poblacion por la parte de Sudoeste; ha desaparecido casi del todo el rastroy que formaba el techo; sus paredes se componen de arcilla, y tienen unos nueve pies de altura; el techo se compone de una grosera armazon, sostenida en el centro por tres robustos pilares ahorquillados, altos de diez y ocho pies; forma un plano inclinado, y sobresale seis pies de las paredes.

A corta distancia por el lado del Sudoeste se ven las ruinas de una ciudad casi tan grande como Boolibany de que antes formaba parte; pero quedó enteramente destruida en 1817 por las tropas de los *katanos*.

Bondoo ha sufrido ataques muy sangrientos por los habitantes de las inmediaciones.

HECHO CABALLERESCO

DE DON RAMON BERENGUER ARNAO,

NOVENO CONDE DE BARCELONA.

(Conclusion.)

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó la afligida señora, de cuyos hermosos ojos corrian ya abundantes lágrimas. Vos conocéis mi corazon, vuestra vista penetra hasta los mas recónditos senos de mi alma, y sabeis que jamás cupo en ella

otro amor que el del esposo que vos la disteis, que jamás pasó por ella la mas leve sombra de infidelidad é impureza. ¿Pero qué puedo yo alegar contra la calumnia? ¿Qué pruebas he de dar sino decir que soy inocente?

En estas palabras habia un sentimiento tan puro, el aspecto angelical y candoroso, revelaba tan francamente la pureza de su alma, que el conde se felicitó interiormente de haber emprendido la defensa de una causa tan justa. Quiso, sin embargo, saber si la relacion del juglar habia sido exacta, y oyéndola de boca de la acusada, afirmarse mas en su opinion.

—Señora, la dijo con dulzura, bien conozco que ni vuestra situacion, ni el género de acusacion que contra vos se ha lanzado permiten dar pruebas; pero conoceréis toda la intriga que han forjado vuestros acusadores, sabreis las pruebas que han alegado, y los medios de que se han valido, y la revelacion de estos hechos podria ser tal vez bastante para juzgar.

—¡Ah, demasiado conozco su perfidia! Sé el modo infame con que han engañado al emperador, mi amado esposo, y aunque sé que está tan convencido como yo de mi fidelidad jamás empañada, conozco su respeto á las leyes, y moriré deshonrada si Dios no vuelve por mi. Nada os ocultaré, sabedlo todo y juzgad.

Entonces la emperatriz hizo una minuciosa y detenida relacion, que en el fondo convenia enteramente con lo que el juglar habia manifestado al conde, si bien contenia muchos detalles y circunstancias, que ponian mas de bulto la envidia y vileza de los acusadores. Cuando hubo concluido su narracion, el conde, hincada de nuevo la rodilla ante la aflijida señora, la dijo:

—El cielo ve vuestra inocencia, y os envía un defensor, y yo en su nombre os suplico que le acepteis, dándole permiso para baturse, y arrancar la lengua infame de vuestros detractores.

—¿Y dónde está? ¿quién es ese noble y generoso caballero?

—En la liza le vereis, señora, y si, como espera, alcanza la victoria, allí le concedereis el honor de besar vuestra imperial mano, cuando ponga á vuestros pies las cabezas de los infames.

—¡Ah, por piedad! Yo quiero ver antes al que con toda mi voluntad voy á confiar mi honor; quiero hablarle, saber su nombre para grabarle en mi corazon: y sea luego vencedor ó vencido quiero mostrarle antes mi gratitud, besar su mano, abrazar sus rodillas; quiero verle, bendecirle, y confesarme su esclava.

—¿Y qué importa, señora, ni su vista ni su nombre? Básteos saber que es muy noble caballero, y que con gusto perderá su vida por patentizar vuestra inocencia.

—No, por Dios, no me negueis este consuelo, quiero ver antes á mi libertador, quiero pasar el tiempo que resta hasta el trance fatal recreándome en su figura, quiero, si la suerte me es adversa, repetir su nombre entre las llamas, ó volver á subir las gradas del trono imperial apoyándome en su invencible brazo.

—Si tanto es vuestro deseo, habeis de aceptar dos condiciones.

—Todas las que no puedan ofender mi honor, la vida y bienestar del emperador mi esposo, y los intereses de mis vasallos, están aceptadas. Decidlas y pronunciad su nombre.

—Un caballero no puede proponer sino condiciones dignas de su nobleza, y las que os propondré en nada pueden ofenderos. Habeis de jurar no revelar á nadie, ni aun á vuestro esposo, el nombre de vuestros caballeros hasta pasados dos meses despues del trance: y cuando se presente á vos, habeis de entregarle el anillo imperial que llevais en vuestro dedo.

—Lo juro, si, lo juro una y mil veces, exclamó la emperatriz alborozada, haced que se presente y le entregaré no solo el anillo, sino cuanto poseo.

Entonces el conde separando el hábito que cubria su pecho, dejó ver la acerada cota de malla que llevaba debajo, y sobre el lado izquierdo el escudo con las cuatro barras y la cruz roja en campo de oro, que eran entonces las armas de los condes de Barcelona.

—Aquí teneis, señora, al que se honra ofreciéndose por vuestro adalid, al conde de Barcelona don Ramon Berenguer Arnao, y en este amigo que me acompaña al valiente y noble caballero Bertran de Roquebruna. Aceptad nuestra oferta, y espero en Dios que nos dará valor y fuerza para arrancarnos del suplicio y de la infamia.

—¡Ah nobilísimo conde, exclamó la emperatriz arrojándose en sus brazos! No en vano ansiaba saber vuestro nombre, porque mi corazon presentia que él solo bastaria á tranquilizarme. Ya no dudo de mi justificacion; el conde de Barcelona jamás fué vencido, tampoco lo será ahora que toma á su cargo tan justa causa.

—Tomad, le dijo, quitándose el anillo imperial, y poniéndolo ella misma en el dedo del conde, sea la señal primera de mi gratitud y la prenda de vuestra victoria: y si fuere sola mia, en lugar del anillo la diadema del imperio colocaria sobre vuestra cabeza.

Don Ramon y Roquebruna dando las gracias á la emperatriz, besaron su mano, y se despidieron para retirarse á su posada y prepararse al combate, mientras que la poco antes tan afligida señora, volvia llena de satisfaccion á postarse á los pies del crucifijo, para darle gracias, y pedirle buena ventura para sus defensores.

III.

El traje con que habian ido á visitar á la emperatriz ni habia llamado la atencion de las gentes, ni nadie habia sospechado el motivo de la venida de los desconocidos, que no salieron de su alojamiento en todo el dia anterior al combate. Solo el emperador habia hecho anunciar á los acusadores que se preparasen á la lucha, porque la emperatriz tenia defensores; pero nadie sabia su nombre y circunstancias, si eran nacionales y extranjeros, y esto aumentaba las habillitas del vulgo, que se perdia en mil conjeturas designando ya á unos ya á otros, como sucede en tales casos. El emperador habia asegurado á los acusadores bajo su palabra imperial que los contrarios no les cedian en nobleza.

El conde y Roquebruna pasaron el dia en reconocer detenidamente sus armas, y en dar á sus escuderos las órdenes correspondientes.

Apenas amaneció el dia del plazo la corte toda comenzó á agitarse con el deseo de ver aquel tan tremendo como pocas veces visto espectáculo. Los archeros, los heraldos y los jueces del campo tomaban sus disposiciones en la liza, y las fuer-

tes barreras que formaban el palenque apenas podían contener el inmenso gentío que á su alrededor se apiñaba. Los clarines anunciaban de vez en cuando que era llegado el día del plazo, y en el semblante de todos se veía pintada la curiosidad y ansiedad.

Ciñéndose las armas estaba ya el noble conde, cuando los escuderos vinieron á anunciarle, que el caballero Bertran de Roquebruna había desaparecido aquella noche, sin que á pesar de las muchas pesquisas que habían hecho, hubiesen podido saber cómo ni cuándo había salido, ni averiguar su paradero. Dudó al principio don Ramon de que así pudiese faltarle un caballero de cuyo valor tantas pruebas tenía; pero cuando vió que los escuderos insistían en asegurarle que había huido llevándose sus armas y caballo, bramaba de cólera ¡Cobarde, exclamó con rabia, si algún día llega á alcanzarte mi vista, cara pagarás tu traición!

Pero no era esto lo que más le afectaba, sino el temor de ver malograda su empresa por aquella defección tan infame como inaudita. ¡Qué diría el emperador! ¡Qué partido tomarían los acusadores! ¡Qué juicio formaría la emperatriz! Caso que los acusadores se negasen á combatir con él solo, después que sabían que eran dos los contrarios, ¡qué partido había de tomar!

Abismado en tan apuradas reflexiones se dirigió al palacio del emperador, y obtenido el permiso para hablarle, le dijo:

—Señor, el caballero que yo había asociado á mi noble y gloriosa empresa, y que me había jurado no abandonarme en ella, no sé si ganado por los enemigos, ó asustado por la proximidad del peligro, ha desaparecido. Yo vengo á suplicaros me permitais pelear con los dos condes alemanes uno en pos de otro, ó con los dos á la vez si os place, pues aun así espero hacerles declarar mal de su grado, que mintieron como villanos y mal nacidos, al acusar á vuestra angelical esposa.

—Por mi parte os lo otorgo, contestó Lotario, puesto que os veo colocado en tan apurada situación: pero hay que contar con los acusadores, y arreglar de nuevo las condiciones del duelo. Esperad y se os dará respuesta.

Los acusadores y jueces del campo fueron al momento llamados á presencia del emperador, que después de referirles la repentina desaparición de uno de los caballeros, les propuso el combate uno en pos de otro con el que solo pero fiel á su compromiso acaba de suplicárselo. Los caballeros alemanes no dudaron en aceptar, porque aquella casualidad les favorecía. Si el primero quedaba vencido, el segundo encontraría menos dificultad en vencer á un hombre ya cansado, tal vez herido, y cuya fatal estrella se anunciaba ya por la traición de su compañero; á lo que se añadía el que ellos fiaban mucho de su valor y destreza. Convenidos los mantenedores, los jueces arreglaron prontamente las condiciones.

Aunque no se tardó mucho en esta deliberación, el conde, sin embargo, había sufrido terriblemente, y su ansiedad no puede explicarse, puesto que su honor estaba comprometido, y el peligro que amenazaba á la emperatriz no sufría dilaciones. Cuando supo que sus condiciones estaban aceptadas, y que podía presentarse en el campo, recobró toda su serenidad, y se volvió tranquilo á su posada.

El emperador dió al momento sus órdenes, y su augusta esposa acompañada de la guardia imperial y los caballeros y damas de su servicio, todos vestidos de luto, fué á ocupar el fatal castillo de madera que le estaba preparado, y en el que entró sola, cerrándose detrás la puerta. Vestía la emperatriz un traje de terciopelo negro sin adornos, que hacía resaltar más la pureza de su hermosura, y la palidez de su semblante, que cubría con un largo velo negro. Apenas aquella imagen interesante apareció en el fondo del castillo, un rumor sordo cundió por todas partes, y no había uno que no estuviese profundamente conmovido, que no derramase abundantes lágrimas, que no la declarase inocente. Solo ella aparecía tranquila en aquel mar de agitación que la rodeaba, y luego que ocupó con dignidad su asiento, cruzó las manos delante de su pecho, y parecía orar ó estar absorta en una meditación profunda.

Bien pronto los clarines anunciaron la llegada del emperador, que iba también vestido de luto como todos los de su corte. En su semblante, aunque moderado por la magestad, se traslucía el dolor y la inquietud que agitaba su corazón, y al pasar por delante de su esposa no pudo menos de dirigirla una mirada llena de ternura, y una lágrima mal reprimida corrió por sus mejillas. No tardaron en aparecer en la liza los dos mantenedores cubiertos de lujosas y bien templadas armas, precedidos de sus pages y escuderos, que llevaban sus lanzas y escudos levantados en alto, y de los heraldos que repetían en alta voz la acusación y el reto.

Después de satisfecha la curiosidad, los ojos de todos se fijaron impacientes en la entrada del palenque, que custodiaban los archeros, y no tardó en aparecer en ella la esbelta y gallarda figura del conde. Montaba un brioso corcel negro y brillante como el azabache, y sus armas y escudo estaban pavonadas del mismo color. Cuatro magníficas plumas rojas, única señal que recordaba las barras del blason de sus armas, flotaban á merced del viento sobre su negro casco.

La emperatriz que hasta aquel momento había estado como abstraída de cuanto á su vista pasaba, levantó con precipitación el velo, y fijó su vista ansiosa en el caballero que entraba en la liza. Sus pálidas mejillas se coloraron lijamente, y en sus hermosos ojos y en sus labios se notó un asomo de satisfacción.

El conde, conteniendo con mano fuerte la fogosidad de su brioso caballo, que pafaba con impaciencia removiendo la arena entre sus cascos, recorrió con su vista el palenque, cruzó con paso tranquilo el campo, y parándose ante el sío que ocupaba el emperador inclinó con magestad su lanza, y algún tanto la cabeza. El emperador correspondió al saludo, y el caballero volvió riendas, y fué á pararse ante el castillo do estaba la emperatriz á quien saludó primero con finura y gallardía, y alzando la voz cuanto pudo, gritó: «Señora, los que osaron poner tacha en vuestro honor, mintieron como bellacos y mal nacidos, y con la ayuda de Dios y vuestro permiso, espero hacerles declarar vuestra inocencia y su infame impostura.»

Con una casi imperceptible sonrisa y algunas lijeras inclinaciones de cabeza, manifestó la emperatriz su asentimiento, y entonces el conde volviéndose á los acusadores les dijo: «Caballeros, confesad de grado que mentisteis

al acusar á esta noble señora, ó sed uno en pos del otro en batalla conmigo.» La respuesta fué retirarse uno de los acusados, quedando en la liza el que mas presumia de sus fuerzas, destreza y valor, y darse la señal del combate. El silencio de los espectadores era profundo, los combatientes se colocaron en sus puntos, embrazaron sus escudos, empuñaron sus lanzas, y á la primera señal partieron el uno contra el otro con serenidad y valor. El encuentro fué terrible, pero sin resultado decisivo; el caballero alemán habia recibido una herida insignificante. Como tigres, se volvieron el uno contra el otro con tal serenidad y destreza, con tan buen acierto, que la sangre comenzó á correr por debajo de las armaduras de entrambos; pero el conde habia roto la coraza y atravesando el pecho á su contrario, que mal seguro ya en la silla comenzó á bambolearse, y cayó al suelo antes que su caballo llegase al término de la carrera. El conde saltó entonces con ligereza de su caballo, y desenvainando la espada fué á arrojarla sobre el caballero caído, para hacerle confesar su impostura ó acabarle de matar. Mas ya todo era inútil, cuando llegó á él ya habia espirado.

Apenas los jueces del campo despues de haberle levantado la visera y reconocido al caballero, declararon que habia dejado de existir, el grito unánime de victoria por la emperatriz, resonó por todo el campo. Todos á la vez la saludaban, agitaban sus manos y hacian mil demostraciones de júbilo, repitiendo con entusiasmo: victoria, victoria, mueran los calumniadores!

La emperatriz, á pesar del júbilo que bañaba su alma, permanecia inmóvil en su asiento, y aun se notaba alguna inquietud en sus ojos, que no se separaban de su valiente caballero. Este, con paso firme y magestuoso, volvía para tomar su caballo, mas notaron que la sangre brotaba por entre la armadura, y un murmullo sordo entre los espectadores repetía: está herido, está herido. Luego que lo notó el emperador le mandó salir prontamente de la liza, y envió á sus facultativos para que reconociesen la herida, le tomasen la sangre, y le avisasen si podia continuar el combate. Don Ramon, obedeciendo la orden del emperador saltó ligero sobre su caballo, y salió del palenque acompañado de las miradas de la emperatriz, de los aplausos de todos los espectadores, y de una infinidad de curiosos que lo seguían.

IV.

No es fácil pintar la inquietud en que quedó la emperatriz, cuando vió salir herido á su valiente caballero, y la ansiedad con que preguntaba por su salud á cuantos se acercaban á felicitarla por su triunfo. Temía por la vida de tan generoso como esforzado caballero; temía tambien que la sangre que habia perdido, el dolor de la herida, y la fatiga del primer combate debilitasen sus fuerzas, y saliese mal parado en la segunda lucha. Pero esta ansiedad no fué de larga duracion. De todas partes corrian á informarse de la salud del caballero desconocido, y los mensajeros enviados por el emperador vinieron á anunciarle que la herida era levisima, y que quedaba preparándose para el segundo combate. Estas agradables noticias fueron inmediatamente transmitidas á la emperatriz, que levantó los ojos al cielo para darle gracias y rogar por su buena suerte.

En efecto, el silencio volvió á restablecerse, los jueces, heraldos y archeros, volvieron á ocupar sus puestos, y el segundo caballero alemán estaba ya en la liza. Volvió á aparecer en ella el conde, si cabe, mas gallardo y arrogante que la vez primera, y dirigiéndose desde luego á su contrario le dijo en voz fuerte y segura: «Vuestro cómplice ya está juzgado por Dios y vencido por mí; preparaos á seguirle, ó confesad vuestra impostura infame.»

La vista del cadáver de su valeroso y desgraciado compañero, el remordimiento de su propia conciencia, el valor y destreza del conde y el murmullo que por todas partes le seguía denostándole como villano y traidor, habian amilanado completamente al segundo combatiente. Al arrogante reto del conde, habian seguido algunos minutos de un silencio profundo, y durante este tiempo el acusador habia estado como meditando. De repente volvió la rienda al caballo, y dirigiéndose delante del trono que ocupaba el emperador, se levantó la visera, y gritó de modo que todos pudieran oírle. «¡Señor, hacedme merced de la vida; la emperatriz es inocente!»

Los gritos de horror pidiendo venganza contra el calumniador, los denuestos é insultos que de todas partes le dirigian duraron largo rato, y si la presencia del emperador y el respeto á las leyes no lo impidieran, el pueblo enfurecido lo hubiera llevado á la hoguera. Pero el mandato del emperador restableció el silencio, y dirigiéndose al caballero, que ya estaba postrado á sus pies, le dijo con ceño airado:

—El que á pesar del tierno amor que profesa á su esposa, el que á pesar de no haber abrigado jamás la mas leve sospecha de su limpio honor cumplió con la ley cuando tú, olvidado de tu nombre infamemente la acusaste, ni quiere ni puede impedir el castigo que la ley te impone. Tu vida pertenece á la emperatriz, á ella te entrego.

El conde entonces, cogiéndole por el brazo, le condujo ante la emperatriz, que cuando vió á aquel miserable postrado á sus pies, le dijo llena de generosidad y grandeza:

—Confesad, mal caballero, confesad mi inocencia de modo que todos lo oigan, y os haré merced de la vida que me pedís, y que desde luego os otorgo con el perdon de mi ofensa. Así os la perdone Dios.

La vergüenza y el miedo embargaban su voz; mas no obstante, vuelto hácia el pueblo, con palabras balbucientes afirmó con juramento la inocencia de la emperatriz y su villana calumnia. La noble señora le dijo entonces:

—Vuestra seguridad personal exige que salgais para siempre de los confines del imperio; procurad fuera de él aplacar la justicia de Dios, que me ha salvado.

Esta generosidad de la emperatriz escitó de tal modo el entusiasmo de sus vasallos, que ya no hubo medios de contenerlos. Al grito unánime de victoria por la emperatriz, viva nuestra inocente señora, se agolparon al castillo de madera, y en el mismo sillón que en el habia ocupado, fué conducida en triunfo por toda la liza. El mismo emperador tuvo que hacer muchos esfuerzos, y valerse de toda su autoridad para lograr abrazar á su esposa y felicitarla por su triunfo.

Durante estos momentos de entusiasmo y alegría, que se prolongaron hasta que los emperadores volvieron á su palacio, nadie se habia acordado del conde ni habia notado su falta, y la emperatriz creia volverle á ver en palacio.

Pero se equivocó, porque él, aprovechándose del aturdimiento general, había salido secretamente de la ciudad, y á marchas forzadas se dirigió á Barcelona á donde llegó felizmente, y donde continuó ocultando el motivo de su ausencia. Cuando los emperadores le mandaron buscar para darle las gracias y honrarle como debían, ya no le encontraron por mas diligencias que hicieron, ni nadie supo el camino que había tomado.

Grande era la curiosidad del emperador Lotario por conocer al libertador de su esposa, y grandes sus deseos de manifestarle su gratitud de un modo correspondiente á su rango y poder; pero no encontraba medios de averiguarlo. Diariamente apremiaba á la emperatriz para que le revelase el nombre de aquel tan valiente como noble y desprendido caballero, pero ella fiel á su juramento, no quiso revelarlo. Sin embargo, tanta fué su insistencia en este punto que antes de espirar el plazo de los dos meses, le dijo la emperatriz.

—Puesto, mi esposo y señor, que tan vivos deseos tenéis de conocer al que ha salvado nuestro honor, permitidme que haga un viaje á Barcelona, porque aquel valiente caballero era catalán. Yo visitaré al conde don Ramon Berenguer, le diré el nombre del que con tanto valor defendió mi causa, y espero le concederá licencia para venir á que le conozcáis y honreis.

Otorgado este permiso, se hicieron los preparativos y la noble señora, acompañada de los cien caballeros mas ricos y condecorados de su imperio, se dirigió á Barcelona. El conde la recibió cual convenia á la alta dignidad de tal huésped, y la festejó por muchos dias con regocijos públicos, de que se mostró muy complacida. Cuando llegó el momento de partir dijo al conde.

—Señor, los caballeros nobles y valientes como vos, no pueden menos de ser galantes con las damas, y espero de vuestra finura que no me dejareis volver sola á Alemania. Quiero que hagáis este sacrificio mas, lo uno para tranquilizar al emperador mi esposo, que no descansa en hacer averiguaciones para saber el nombre y alcurnia del valiente caballero á quien debe su honor; y lo otro para que mis vasallos conozcan y acaten al que con su fuerte brazo les devolvió pura y vengada á su emperatriz y señora. Vos quisisteis ligarme con un juramento, que no he quebrantado, y que ha impedido al emperador y á mi mostraros nuestra justa gratitud. Ahora el plazo de mi compromiso va á terminar, y ya sería inútil vuestro disimulo. Ya es tiempo de que la Alemania conozca al desconocido caballero, cuyo valor y desprendimiento estarán siempre en la boca y en los corazones de todos.

La caballerosa galantería del conde no le permitía negarse á tan justa demanda, y volvió á Alemania acompañando á la emperatriz. Sería demasiado prolijo el referir las demostraciones de gratitud y admiración con que el emperador recibió y obsequió al libertador de su esposa, ni el entusiasmo de los alemanes por verle y obsequiarle. El conde despues de haber abrazado tiernamente al emperador le dijo:

—Para tranquilizaros completamente acerca de la identidad de la persona que sostuvo á todo trance la fidelidad é inocencia de la emperatriz, tengo que presentaros una prueba y devolveros una prenda. Vuestra esposa recordará, que su caballero cuando por primera vez fué á verla

en traje de religioso, le exigió un juramento, y le pidió una joya. El juramento fué no revelar mi nombre, y yo doy gracias á tan noble señora, por la exactitud y fidelidad con que lo ha cumplido. La joya es este anillo que vos habiais puesto en el dedo de la emperatriz, y que no es justo que nadie posea sino vos, como recuerdo fiel del duro trance en que se halló vuestro honor, y del amigo, que de nuevo os ofrece para ahora y para siempre su espada y su brazo.

—¡Oh noble conde! contestó el emperador estrechándole fuertemente entre sus brazos: yo acepto con satisfacción vuestra oferta, y vuelvo á recobrar este anillo, que será para nosotros el signo de la felicidad que mi esposa y yo recobramos por el nunca vencido valor de vuestro brazo; y aunque la diadema del imperio sería pequeña recompensa de tamaño servicio, espero os dignareis aceptar como prueba insignificante de nuestra gratitud, el condado de Provenza de qué puedo libremente disponer, y del cual desde hoy os confiero la investidura.

El noveno conde de Barcelona no pudo menos de aceptar esta fineza, tan justamente debida á su caballeroso proceder, y despidiéndose con lágrimas y protestas de amistad de los emperadores, volvió á Barcelona, uniendo desde entonces para sí y sus sucesores, al condado de Cataluña el título y propiedad del condado de Provenza.

De Bertrand de Roquebruna no volvió á tenerse la memoria noticia. Su mala acción ó le obligó á alejarse de su país para siempre, ó tal vez el remordimiento y la vergüenza acabarían sus dias en lugar ignorado.

JOSÉ QUEVEDO.

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS.

(11 de marzo de 1314.)

SUPPLICIO DE JACOBO MOLAY, GRAN MAESTRE DE LOS TEMPLARIOS.

Aun cuando en otro lugar (4) hemos consagrado un extenso artículo histórico al mismo asunto, no parecerá extraño ni inoportuno á nuestros lectores, que le dediquemos algunas líneas, á las cuales nos autoriza la efeméride. Además, algunas noticias hay en este nuevo trabajo que se omiten en el anterior, aunque involuntariamente.

Por otra parte, la causa de los templarios fué bastante ruidosa para que no inspire interés en cualquier época en que de ella se dé cuenta con mas ó menos estension.

Felipe el Hermoso de Francia, cuyo tesoro se encontraba en la mayor penuria á consecuencia de la guerra de Flandes, envidiaba hacia mucho tiempo las riquezas casi fabulosas de la orden del Temple, y meditaba su destrucción. Esta célebre orden, aun cuando hizo voto de pobreza, colmada de dominios, poseía en esta época, despues de dos siglos de existencia, cerca de nueve mil castillos y una riqueza extraordinariamente colosal.

El mismo rey Felipe había podido juzgar de las riquezas

(Véase tomo 7.º mes de febrero de 1819.)

de los templarios, cuando perseguido por una multitud furiosa en el momento de sus disidencias con el papa, se refugió en el palacio del Temple, residencia principal de la orden y del gran maestro. En un principio se manifestó obsequioso y lisonjero hacia aquellos á quienes queria despojar de sus bienes, y hasta llegó el caso de elegir á Jacobo Molay, gran maestro á la sazón, para que tuviese á uno de sus hijos en la pila bautismal. La víspera de la prision de todos los templarios, que se verificó el 13 de setiembre de 1307 á una misma hora en todo el reino de Francia, Jacobo Molay llevaba el palio en el enterramiento de la princesa Catalina, heredera del imperio de Constantinopla, esposa del conde de Valois: todavía fingian honrarle en el momento de prenderle como un criminal.

Sin embargo, como la riqueza de los templarios no era un motivo suficiente de persecucion, fueron, segun ciertos rumores públicos, acusados de vicios odiosos y de sacrilegios. Aseguraban que en su larga residencia en Siria habian adoptado las creencias de las sectas musulmanas, que habian renegado de Cristo, que le habian crucificado en efígie y que adoraban ídolos. Por último, afirmaban que muchos personajes ricos que habian entrado en la orden habian desaparecido sin saber cómo y por qué.

Clemente V, que se encontraba bajo la dependencia del rey, pues por él habia obtenido la tiara, aprobó la prision de los templarios y el pensamiento de formarles causa.

El procedimiento fué cruel: emplearon todo género de tormentos para arrancar confesiones á los acusados, y treinta y cinco sucumbieron bajo la mas espantosa tortura. Muchos de ellos cediendo al dolor, confesaron y delataron á sus hermanos. Estos fueron puestos en libertad y llamados templarios reconciliados, y los templarios no reconciliados fueron aquellos que se encerraron en un silencio absoluto. En cuanto á los que despues de haber confesado, se retractaron, se los condenó como relapsos, y esperando que la ratificacion del papa, su juez soberano, confirmase la sentencia, los mandaron quemar. Cincuenta y seis perecieron de este modo, en 1310, en un campo inmediato á la abadía de San Antonio en Paris.

Sin embargo, el papa titubeaba en seguir á Felipe el Hermoso en la via por donde le habia obligado á penetrar, pero despues de un golpe tan decisivo era necesario triunfar de estas dudas. El rey asustó á Clemente V con amenazas de toda especie, y por eso el pontífice se atrevió á pronunciar en un consistorio secreto la abolicion de la orden y la confiscacion de sus bienes.

Habiéndose abolido la orden (1312), cesaron todas las persecuciones contra los templarios; pero Jacobo Molay y otros tres gefes continuaron presos: el visitador de Francia, el maestro de Normandía y el de Aquitania. Siempre habian reclamado su juicio, que Clemente V se habia reservado personalmente; el papa, todavía intimidado por Felipe el Hermoso, se contentó con entregarlos á tres cardenales. Estos cardenales, habiendo mandado conducir á los acusados á un cadalso, les leyeron una sentencia que los condenaba á una perpétua reclusion. Jacobo Molay y el maestro de Normandía se levantaron, y se retractaron con obstinacion de ciertos votos que habian hecho antes, y cuando llegó á los oídos de Felipe esta noticia, dió órdenes secretas, y al punto su consejo privado, habiendo convocado á los criminales, condenó á los dos á ser quemados como

relapsos y hereges, sin reformar la sentencia de los comisarios del papa, y sin dejar que interviniera ningun tribunal eclesiástico.

Preparóse la hoguera la misma tarde (14 de marzo de 1314), en un extremo de la playa del Sena, en el mismo sitio donde hoy se halla situada la estatua de Enrique IV. Los caballeros, ambos ancianos, subieron al suplicio con gran firmeza, y hasta que exhalaron el último suspiro protestaron de su inocencia y de la de toda la orden. Dicen que Jacobo Molay, en medio de las llamas, gritó á la multitud que emplazaba á sus perseguidores á comparecer delante de Dios en el término de cuarenta dias.

La prediccion se realizó; Felipe el Hermoso y Clemente V murieron antes de terminar aquel año.

(Hist. Univ.)

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LA CHINCHILLA.

Este animalito roedor se ha confundido por mucho tiempo con el hamster; pero ahora se halla comprendido en esta gran familia del todo americana que corresponde al género *cavia* de Lineo, al lado de los agutis y del puerco de Indias.

Es muy extraño que hasta hace pocos años se haya ignorado así la forma exterior como la organizacion anatómica de un animal sumamente buscado por el lujo de las naciones civilizadas, y que por tantos siglos se hayan traído á Europa las suaves y hermosas pieles que envolvieron á estos animalitos sin conocer, ni su instinto, ni sus hábitos, ni siquiera su origen.

El silencio observado por negociantes peruanos, ó la ignorancia en que se hallaban relativamente á los hábitos de la chinchilla, dieron margen á los narradores de cuentos para espetarnos relaciones fantásticas sobre este animal, lo mismo que sobre el hidromis, cuya rica piel anaranjada goza de tanta estima.

El abate Molina, cuyo *Ensayo sobre la historia natural de Chile* se publicó en Bolonia en 1782, fué el primero que describió la chinchilla, como una especie del género *mus* de Lineo; y en la última edicion publicada en 1810, hállase colocada la chinchilla en el género hamster, y lleva por sinonimia el nombre de *mus laniger*. A los señores Bennet y Becchy debe la ciencia un conocimiento mas exacto de los hábitos de este roedor, pues consiguieron hacerse con algunos individuos en un viaje que emprendieron en 1831 á la costa noroeste de América, y por su esmero pudo este animal estudiarse en la sociedad zoológica de Londres.

La longitud del cuerpo de uno de estos individuos tenia cerca de nueve pulgadas, y la de su cola cerca de cinco pulgadas. Sus proporciones son estrechas, y á proporcion cortos sus miembros, pues la parte posterior es mucho mas corta que la anterior. La piel es larga, espesa, lanosa, y á veces crespa y enmarañada; de color gris ó ceniciento en la parte superior, y mas pálido en la inferior. La forma de la cabeza aseméjase á la del conejo; los ojos son grandes,

negros y abiertos; las orejas, anchas tambien, peladas y redondeadas en sus extremos, y casi tan largas como la cabeza entera, los bigotes muy espesos y largos, y uno de ellos tres veces mas largo que la cabeza, algunos son negros y otros blancos. Tiene el animal cuatro dedos pequeños en los pies, con un rudimento de pulgar muy distinto que termina las manos; los miembros posteriores tienen el mismo número de dedos, tres de ellos muy largos, y el de en medio mas estendido que los dos laterales, y el cuarto y último es mas corto y está colocado detrás: todos los dedos presentan uñas cortas y escondidas entre pelos recios. La cola presenta como la mitad de la longitud del cuerpo, tiene igual espesor en todos sus puntos y está erizada de largos pelos.

Este animal por lo comun mantiénese sentado sobre sus patas traseras, pudiendo sostenerse tambien sobre estas solas: come sentado y lleva á la boca los alimentos valiéndose de las patas anteriores; estos consisten en yerbas secas, tales como el trébol y la mielga, de que es muy goloso. Escribió Molina que las chinchillas vivian en sociedad, opinion que por lo menos hacen dudosa las observaciones hechas en Bretonstreet, donde hubo una lucha feroz entre dos chinchillas que se habian puesto en una misma jaula, pero que tuvieron que separar á fin de que no se destruyesen.

Cada familia de estos animales regularmente consta de ocho ó diez individuos, aunque á menudo se encuentran reunidos un mayor número. Siendo por esencia sedenta-



La chinchilla.

rios, no abandonan la madriguera en que nacieron, á menos que algun irreparable accidente ó el esceso de poblacion les obligue á ello. Es muy raro hallarlos á mas de veinte pasos distantes de sus habitaciones, y aun esto solo despues de puesto el sol, y cuando están seguros de que todo está tranquilo en derredor. Esta prudencia y cuidado en evitar el peligro no escluye de ellos cierto valor; pues los indios han asegurado á varios viajeros que las chinchillas se defienden con bastante teson de los pequeños animales carnívoros que los atacan, como las mangustas, etc. Sus gritos ó chillidos varian: son agudos cuando espresan el temor, y en las demas ocasiones son mas bajos y graves. La chinchilla se mantiene de plantas bulbosas que crecen abundantemente en aquellos lugares, y se reproducen tres veces

al año dando á luz cinco ó seis púrvulos. Es su carácter tan manso y suave que es fácil cogerlo con la mano sin que trate de defenderse, y aun parece que se complace en que le acaricien: si uno lo pone sobre alguna parte del cuerpo, alli permanece tan quieto cual podria en su madriguera. Tan extraordinaria mansedumbre será acaso debida á su escesa timidez. Siendo sumamente limpio no haya miedo que ensucie los vestidos del que le acaricia, ni menos les comunica mal olor, pues de él se halla exento; y así puede vivir en las casas sin que dé incomodidad y con muy poco gasto, el que ademas queda ámpliamente compensado con el valor de su piel. Los antiguos peruanos, mas industrioses que los modernos, hacian con sus pieles paños y mantas para las camas muy bien trabajadas y de gran precio.